

NUMERO 45

43.^a SESION ORDINARIA — SEPTIEMBRE 11 DE 1888

Presidencia del doctor PELLEGRINI

Ministro presente: del interior.

Senadores presentes: Baibiene, Baltoré, Barros, Cambaceres, Dávila, de la Silva, del Valle, Derqui, Febre, Funes, Gil, Navarro, Nongués, Oliva, Ortega, Paz, Pérez, Pizarro, Rodríguez (C. J.), Ruiz (H.), Ruiz (M.), Tello y Zapata.

Senadores ausentes, con licencia: Gollán, Moyano, Ortiz, Rocha y Rodríguez (M. F.).

Senador ausente, con aviso: Mendoza.

SUMARIO

- 1.—Asuntos entrados.
- 2.—Se concede licencia al señor senador Tello.
- 3.—Moción del señor senador Baibiene para tratar sobre tablas el despacho de la Comisión de Guerra en el proyecto de ley, en revisión, acordando a la señora Manuela Leal de Elizalde 20.000 hectáreas de tierra fiscal. Se aprueba.
- 4.—Continúa la consideración del proyecto de ley reformando la legislación civil sobre el matrimonio.

—En Buenos Aires, a once de Septiembre de mil ochocientos ochenta y ocho, reunidos en su sala de sesiones el señor presidente y los señores senadores arriba inscriptos, se abrió la sesión con inasistencia de los señores senadores Mendoza, con aviso; y con licencia, Gollán, Moyano, Ortiz, Rocha y Rodríguez (M. F.).

Leída y aprobada el acta de la anterior de 6 del corriente (42.^a ordinaria), se da cuenta de los siguientes asuntos entrados:

1

Comunicaciones oficiales

El Poder Ejecutivo acusa recibo de los proyectos de ley que acuerdan pensión a la señora Solana López, y una subvención a la municipalidad de Villa María (provincia de Córdoba), para la conclusión del templo de aquella localidad. Al archivo.

—Mensaje y proyecto de ley del Poder Ejecutivo ampliando hasta 558.000 pesos la suma por la ley número 1.386 para la construcción de puentes sobre los ríos Corrientes, Riachuelo, Batel y Santa Lucía. A la Comisión del Interior.

—Mensaje y proyecto de ley del Poder Ejecutivo ampliando hasta 101.500 pesos la suma que determina la ley número 1.801 para la canalización del arroyo del Tala que provee de agua a la ciudad de Catamarca. A la Comisión del Interior.

La Honorable Cámara de Diputados envía en revisión los siguientes proyectos:

1º Acordando 20.000 hectáreas de tierras fiscales a la viuda del doctor Elizalde. Se trata sobre tablas.

2º Autorizando al Poder Ejecutivo para vender a los coroneles Amaya, Machado y a los tenientes coroneles A. de Roa y J. Dasa, tierras fiscales de acuerdo con la ley de la materia. A la Comisión del Interior.

3º Acordando al general Donato Alvarez y a los tenientes coroneles F. Rawson, N. Bengolea y C. O'Donnell, el derecho de comprar cada uno tres leguas de tierras fiscales. A la Comisión del Interior.

4º Acordando en donación al general de la Independencia don Jerónimo Espejo 7.500 hectáreas de tierras fiscales. A la Comisión del Interior.

5º Concediendo a los señores Paul Angulo y Compañía el derecho de excavar y explotar un canal de navegación sobre el antepuerto del Riachuelo. A la Comisión del Interior.

Septiembre 11 de 1888

CAMARA DE SENADORES

45ª Reunión. 43ª Sesión ordinaria

—Se lee:

A la Honorable Cámara de Diputados.

La Comisión de Guerra, por las razones que expondrá el miembro informante, tiene el honor de aconsejar a vuestra honorabilidad la sanción del siguiente

PROYECTO DE LEY

El Senado y Cámara de Diputados, etc.

Artículo 1º — Acuérdate a la señora Manuela Leal de Elizalde, viuda del doctor don Rufino Elizalde, en premio de los servicios prestados por éste, veinte mil hectáreas de tierra fiscal en el paraje que el Poder Ejecutivo determine.

Art. 2º — Comuníquese, etc.

*J. M. Bustillo. — L. V. Mansilla. —
J. I. Arias.*

Sr. Presidente. — Está en discusión en general.

—No haciéndose uso de la palabra, se vota y aprueba en general y en particular.

4

Sr. Presidente. — Se va a entrar a la orden del día. Tiene la palabra el señor senador por Santa Fe doctor Pizarro.

Sr. Pizarro. — Señor presidente: yo no sabría negar la penosa impresión que me ha producido la alocución del señor ministro de justicia y culto en la pasada sesión.

Hubiera hecho cualquier sacrificio de mi parte, que fuera conducente a salvar a mi distinguido amigo, el doctor Posse, de la situación difícil en que se encontraba, y de la peor en que se ha colocado con su arenga.

Nunca he deplorado tanto la separación del señor doctor Posse de la alta Cámara de Justicia en lo Civil, de la Capital, donde tan importantes servicios prestaba con su ilustración, con su carácter altivo e independiente, con su espíritu recto y justiciero; ni he deplorado jamás con mayor pena, verle en el asiento ministerial que ocupa, donde tan flacos servicios podrá prestar a la Nación, y donde tan triste memoria dejará de sí con la sanción de esta ley.

Señor presidente: la figura del señor ministro en la sesión pasada, me representaba un astro apagado y opaco, salido de su órbita, que

va dando tumbos por el espacio, pasando por diferentes centros de atracción, y describiendo sinuosas líneas, sin llevar dirección fija ni saber cuál es la órbita que ha de seguir en su girar eterno por el vacío. •

Todo lo ha tocado; nos ha hablado de todo y no ha fundado ni ha dicho nada. No ha establecido sistema en nada; ni nos ha dado siquiera el espíritu de la época que él ha querido bosquejar en su discurso.

Y digo mal «en su discurso», señor presidente, porque el señor ministro no ha hecho discurso; ha hecho alocución, ha hecho arenga, ha procurado concitar los ánimos; pero, no ha establecido una sucesión de ideas y una demostración metódica de un sistema de filosofía, de moral, de legislación, etcétera. El no ha intentado la demostración de un principio jurídico, de una idea filosófica, de un procedimiento histórico, que dé a su alocución el nombre de discurso.

El señor ministro no ha hecho discusión, señor presidente, el señor ministro ha hecho alegato; no ha hecho filosofía en su alocución: ha hecho argumentos; no ha hecho historia, señor presidente: ha hecho crónica; no ha defendido principios, señor presidente; se ha preocupado solamente del éxito de la votación: en una palabra, el señor ministro no ha hecho otra cosa que defender un proyecto de ley que no es suyo, y preocuparse del éxito en la sanción de una ley cualquiera de matrimonio civil.

He desconocido verdaderamente al señor doctor Posse en su alocución. Allí no se refleja ni su talento, ni su instrucción, ni ese espíritu recto y justiciero, con que le he conocido antes de ahora. Allí no está mi distinguido amigo; y, cuando él ha terminado su alocución, yo he debido necesariamente decirme: *quantum mutatus ab illo!*

Yo he conocido al señor doctor Posse filósofo, cristiano, católico; más cristiano y más católico que yo, tal vez no, señor presidente; pero mejor cristiano y mejor católico que yo, indudablemente sí.

Yo le he conocido católico práctico; yo le he visto cumplir sus deberes religiosos, profesando todos los dogmas y todos los principios sociales de la Iglesia a que todavía espero ha de pertenecer él, a pesar de ciertos pasajes de su discurso, en que ha parecido querer colocarse fuera de su antigua confesión religiosa, al expresarse con un «se dice» en ciertos momentos; aunque en algunos otros ha llegado a decir «yo también lo creo», procurando así mantenerse dentro de la comunión católica, como al hablar del sacramento del matrimonio.

De consiguiente, él cree, por lo menos en este sacramento; él cree así, en el misterio; él cree en la gracia y en la divinidad de Jesucristo; él cree en la revelación por lo tanto. El cree en la revelación ciertamente; yo que lo he visto postrado ante los altares del culto católico, recibir el cuerpo y sangre de nuestro señor Jesucristo, debo hacer justicia a mi distinguido amigo, diciendo que es tan católico como yo, que, sin duda alguna, es mejor católico que yo. El cree en los misterios y en los milagros, pues, cree en la eucaristía; él cree en todo lo que cree y confiesa la santa Iglesia católica en sus dogmas, y su credo no es otro que el símbolo de los apóstoles.

Dado este antecedente, señor presidente, ¡qué penosa ha sido para mí la alocución del señor ministro, en que hasta su estilo me ha sido desconocido! El señor ministro se ha expresado por un «realismo» que Zola no se habría permitido en la tribuna francesa!

Al hablar del matrimonio civil, él traducía mis expresiones por ésta: matrimonio civil importa «comprarse una querida».

Al hablar del matrimonio sacramento, el señor ministro nos decía: «Voy a probar que el matrimonio sacramento es el que más se aproxima a las bestias».

Al hablar del papado, decía: «No está esto en discusión; concedo todo lo que se quiera sobre los pontífices; seré generoso, en cambio de que se me conceda que ha habido pontífices que han sido una vergüenza de la humanidad!»

Para él, los pontífices eran unos «ignorantes» que ni siquiera sabían que Tucumán es una provincia mediterránea. Los concilios eran reuniones de ignorantes fanáticos, cuyos cánones apenas si servían «para mandar las almas a los infiernos».

Los frailes, las comunidades religiosas, eran centro de ociosidad que sólo en algún momento histórico pudieron servir para salvar las letras y las ciencias, por razones de su ociosidad misma, en la caída del imperio romano.

La guerra del pontificado con los reyes de la edad media no era sino una «guerra de ambición de los pontífices».

La Inquisición, un tribunal nefando y sin explicación histórica, en que todos los sentimientos humanos eran desconocidos y hollados en nombre del principio católico.

El matrimonio de los patriarcas, la compra-venta de la mujer, como en el casamiento de las hijas de Labán.

En fin, señor presidente, difícil me sería condensar todo lo que el señor ministro ha dicho

contra lo que tiene de más santo y venerable la humanidad.

El no ha respetado el papado, del que con tanto respeto hablan hasta los heterodoxos, cuyas opiniones no pueden ser sospechadas.

El ha hablado del papado, poniéndose en el polo opuesto al en que se colocan Guizot, Ma-caulay y otros.

El ha hablado de los frailes, señor presidente, sin decirnos cuál ha sido su influencia en la civilización del mundo y en la libertad de los pueblos.

El señor ministro no ha dicho cómo es que ellos han contribuido al progreso de la agricultura, a la vez que de las ciencias en todas las épocas de la historia. El no nos ha dicho que las asociaciones monásticas han contribuido a desarrollar el principio de la democracia, elevando a las clases inferiores del pueblo a mayor altura social, haciendo así desaparecer paulatinamente desigualdades sociales, por la elevación de sus miembros a un estado de consideración y de mayor influencia, que traía necesariamente la nivelación de todas las clases: observación y principio histórico, que entre otros, enseñaba Rossi en sus lecciones de derecho constitucional a la juventud francesa en la Universidad de París en mil ochocientos cuarenta y tantos.

El señor ministro al hablarnos de la guerra de los pontífices con los reyes no nos ha dicho cuál ha sido el carácter de esta lucha, ni cuál su influencia para la civilización y para la libertad del mundo. El nos ha hablado de la ambición de los papas, y no nos ha dicho cuál era el principio que inspiraba esa lucha.

El no ha sabido explicar sino por la ambición, las luchas del gran Hildebrando — o no ha querido hacerlo, que sería mucho peor todavía — con Enrique IV de Alemania. El ha omitido, por lo menos, decir a la Cámara que cuando Gregorio VII subió al pontificado, los reyes habían pretendido constituir, y en el hecho habían constituido iglesias nacionales; que a este efecto, y para tener a su servicio los obispos, los investían por sí con la jurisdicción y las atribuciones propias del cargo, produciendo, de este modo, cierta especie de cisma, de escisión en el gobierno de la Iglesia, que comprometía la existencia misma del pontificado, que nos decía, estaba próximo a desaparecer al advenimiento de Gregorio VII, en medio de aquella multitud y variedad de iglesias parciales, de iglesias nacionales.

No nos ha dicho que, en esta forma, los reyes habían conseguido poner a su servicio los más altos dignatarios de la Iglesia, corrom-

piéndolos y siendo a su vez corrompidos por la tolerancia de éstos en razón de la dependencia en que este sistema colocaba a los prelados de la Iglesia respecto del poder temporal de los reyes bárbaros de la Edad Media.

No nos ha dicho, así, que el primer propósito de la lucha de Hildebrando fué moralizar la Iglesia y hacer que fuera lo que es por su esencia la Iglesia católica, un solo cuerpo místico bajo una sola dirección: la del Pontífice; y que a este efecto, tuvo el Papa Gregorio VII que sostener con Enrique IV de Alemania las luchas de las investiduras que dieron por resultado indicar a éste el camino de Canossa, donde por fin tuvo la fuerza que rendir homenaje al derecho, y la barbarie feudal a la moral y al sentimiento cristiano.

El señor ministro nos hablaba de los concilios, y no nos ha dicho, señor presidente, que la legislación de la Iglesia, legislación progresiva, era la más adelantada de aquella época, como lo ha sido en todas las épocas de la historia, pues está fundada sobre los más claros principios de la verdad y de la justicia, y ha servido así al desenvolvimiento de la ciencia del derecho civil de las naciones.

El señor ministro no nos ha dicho cómo los concilios con sus cánones han venido poco a poco infiltrando el espíritu cristiano en los pueblos bárbaros y feudales de la Edad Media, hasta vencerlos y subyugarlos y dar una nueva civilización a Europa.

El ha procurado aterrar, señor presidente, con el fuego de la Inquisición, y el señor ministro ha olvidado decir que el hierro y el fuego eran en aquella época la penalidad del derecho civil en toda Europa, y que ella estaba sancionada desde el derecho Romano por las leyes de Graciano, de los Valentinianos, de Teodosio y de otros emperadores romanos, como en las leyes de Alemania estaba sancionada por las de Otón III y de Federico II; y que esta penalidad ha sido, tanto en Europa como en América, la legislación común, la penalidad general para ciertos delitos, entre ellos los de heterodoxia o herejía.

El señor ministro ha olvidado que esta ha sido la penalidad de nuestras propias leyes, hasta la reforma legislativa de ahora pocos años; él ha olvidado que esta ha sido la legislación del Fuero Real, la legislación de las Partidas, la legislación de la Nueva Recopilación.

El Honorable Senado ha de permitirme algunas consideraciones a este respecto, porque hoy, dada la civilización en que nos encontramos, debida precisamente a la influencia cris-

tiana, no se puede comprender que esta legislación haya sido alguna vez el derecho común de Europa y, repito, también de América.

El Fuero Real, libro 4º, título 1º «De los que dejan la fe católica». Ley 1ª dice así:

«Ningún cristiano no sea osado de tornarse judío, ni moro, ni sea osado de facer su fijo moro o judío; y si alguno lo ficiera, muera por ello, y la muerte de este fecho a tal sea de fuego.»

La ley 2ª dice: «Firmemente defendemos, que ningún home, no se faga hereje, ni sea osado de recibir, ni defender, ni de encobrir hereje ninguno de cualquier herejía que sea: mas cualquier hora que lo supiere, que luego lo faga saber al obispo de la tierra o a los que tuvieren sus voces, e a las justicias de los lugares; e todos sean tenidos de prenderlos y de recaudarlos, e que los obispos e prelados de la Iglesia, que los juzgaren por herejes que los quemaren, si no se quieren tornar a la Fe.»

La ley 2ª, título 26 de la partida 7ª se expresa en estos términos: «Los herejes pueden ser acusados de cada uno del pueblo, delante de los obispos, ó de los vicarios que tienen sus lugares: é ellos devenlos examinar en los artículos de la fe, é en los sacramentos; é si fallaren que yerran en ellos, ó en alguna de las otras cosas que la Iglesia Romana tiene, é debe creer é aguardar, entonces deven pugar de los convertir; é de los sacar de aquel yerro, por buenas razones, é mansas palabras; é si se quisieren tornar á la fe, é creerla después de reconciliados, devenlos perdonar. E si por aventura, non se quieren quitar de su porfía, devenlos juzgar por herejes, é darles despues á los jueces seglares, é ellos devenlos dar pena en esta manera; que si fuera el hereje predicador, devenlos quemar en fuego de manera que muera. E essa misma pena deven aver los descreydos.»

Señor presidente: si esta ha sido la penalidad existente en toda Europa, bárbara como es en sí, y propia de aquella época bárbara de la Edad Media, el señor ministro no puede venir a impresionar nuestra civilización que tanto dista de aquélla, haciendo juzgar con el espíritu de la época actual la sociabilidad de entonces.

El señor ministro ha olvidado este principio fundamental para la interpretación de las leyes: «Observad bien los tiempos y podréis concordar el derecho.»

Esta penalidad en nuestra época sería un anacronismo; pero esta penalidad en la Edad Media era la propia y la natural de aquel estado de civilización en que se encontraba Europa.

Es por lo tanto, con este criterio, que el señor ministro ha debido hablar de la Inquisición, en que, no el poder eclesiástico, sino el poder se-
gular, con arreglo a sus leyes, después de declara-
rado el error o herejía, imponía la pena del
fuego.

La Inquisición, señor presidente, ha existido
en todas partes. El señor ministro nos ha ha-
blado sólo de la Inquisición española. ¿Por qué
no nos ha hablado de la Inquisición romana?
¿Cómo hubiera podido decirnos que la Inqui-
sición romana ha producido iguales actos de
crueldad que la Inquisición española?

Van pasando los tiempos, señor presidente,
y a medida que el espíritu de la lucha ardiente
de aquellas edades se relaja, la crítica histórica
viene restableciendo la verdad de los hechos.

Ya no es dado, sino en las declaraciones pro-
pias de Luisa Michel, hacer arengas sobre la
Inquisición, ni sobre el fuego, ni sobre los actos
de Felipe II, en el tono y con la intención que
lo ha hecho el señor ministro de justicia y culto.

Es otro el espíritu con que se juzgan los he-
chos, exageradísimos, de la misma Inquisición
española.

Menéndez Pelayo, entre tantos, ha demostra-
do cómo son inexactas las exageraciones de las
condenaciones hechas por la Inquisición cas-
tellana, y cómo, en todo caso, éste era un expe-
diente político del poder real, para eliminar
de la nación española las guerras de religión
que agitaron a Francia y Alemania, con tan
varios y desastrosos resultados en aquella épo-
ca; lo que fué precisamente debido a esta ins-
titución, que salvó a España que así se vió
libre casi absolutamente de aquellas sangrien-
tas catástrofes.

La palabra «inquisición», señor presidente, se
comprende fácilmente lo que es y lo que signi-
fica: no es otra cosa que inquirir, averiguar,
estudiar, analizar, etcétera.

Las leyes civiles declaraban que la herejía
era un delito que debía reprimirse por in-
terés social, y esto probablemente no se com-
prenderá, sino teniendo presente que toda cues-
tión teológica encierra siempre una cuestión
política, como tan sabiamente lo dijo alguna
vez en las cortes españolas Donoso Cortés.

El señor ministro quizá no querrá ver el ca-
rácter social de las herejías: él no descubrirá
en la secta de los valdenses, por ejemplo, el
comunismo de las turbas populares de París,
enemigas del rico, como lo era aquélla, bajo
un concepto, al parecer, puramente religioso.

De esta suerte, señor presidente, todas las
sectas que en la Edad Media han desgarrado

el seno de la Iglesia o han sembrado de discor-
dia el terreno de las controversias teológicas
de la época, responden siempre a una tenden-
cia de carácter social, que estaba en el interés
del poder civil reprimir, y de aquí que sus leyes
les impusieran penas, buscando en la severidad
de ellas, el mantenimiento de la unidad reli-
giosa.

La Inquisición, pues, respondía a este espí-
ritu de pesquisa en los delitos que afectaban
la tranquilidad y el orden público bajo sus re-
laciones civiles, correspondientes y sujetos a
la jurisdicción civil.

Inquisición ha existido siempre, y aun con
este carácter de intolerancia, no sólo en la
Iglesia católica. El señor ministro se ha olvi-
dado de hablarnos de la Inquisición de Enrique
VIII de Inglaterra. El señor ministro se ha ol-
vidado de hablarnos de la Inquisición de la
Revolución Francesa, en su comité de salud pú-
blica; se ha olvidado de hablarnos de la into-
lerancia de todas las religiones y de todas las
opiniones políticas, para hablarnos sólo de la
crueldad y de la barbarie de la Iglesia católica,
precisamente de la Iglesia católica que lleva
en su seno este precepto, que es toda su ley y
su doctrina: el amor, la caridad!

El señor ministro encontraba aterrador que
Felipe II dijera que, si su hijo fuera hereje,
él mismo llevaría la leña con que debiera ser
abrasado, con arreglo a la ley del reino, esta-
bleciendo así la igualdad de todos ante la ley.

Yo encuentro, señor presidente, que por más
que haga extorsión a los sentimientos natura-
les del corazón humano, esto es lo que se llama
abnegación; esto es lo que se llama patriotismo,
y hace la heroicidad del padre y del rey, que
sabe sobreponerse hasta al propio dolor de su
alma, para el cumplimiento de la ley y para
la igualdad de los ciudadanos.

El señor ministro se aterraba ante aquella
idea, que indudablemente refleja la fe de Abra-
ham, obedeciendo al precepto de Dios, para
sacrificar a su hijo Isaac, o que representa la
abnegación de la madre de los Macabeos, ex-
hortándolos a morir en la profesión de su ley
religiosa, sin sacrificar a los ídolos.

El señor ministro, que habrá ensalzado tal
vez la virtud del primer Bruto, que mandó
matar a sus hijos por haberse asociado a los
Tarquinos, en la conspiración contra la Repú-
blica Romana, no ha tenido sino palabras y
acentos de condenación, de injusta y terrible
condenación, contra un sentimiento análogo del
rey católico; «sólo por ser católico», como lo
acentuaba.

El señor ministro habrá indudablemente asistido más de una vez a la representación del drama histórico de Gil y Zárate, «Guzmán el Bueno», y habrá sentido atarse a su garganta un nudo y llenarse sus ojos de lágrimas, y el señor ministro habrá roto sus guantes blancos, palmeando, cuando el buen Guzmán arrojaba el puñal desde el muro para que su hijo fuera asesinado por su enemigo, antes que hacer traición a la patria y abrir las puertas de Tarifa!

El señor ministro no ha tenido sino una palabra de condenación injusta para Felipe II, por este mismo sentimiento.

Es con este criterio que ha estudiado la historia; es con este criterio que ha recordado sus hechos el señor ministro.

Pero, qué extraño, señor presidente, cuando, hablándonos del matrimonio de la primera pareja, que, según él, «se dice» instituido y bendecido por Dios, nos decía que de aquel matrimonio «salió el primer asesino», y esta raza humana, raza maldita, «tan perversa y tan mala», que tocando a sus últimos extremos obligó a Dios a decir: *penitet me quod hominem fessise*: me arrepiento de haber hecho al hombre!

¿Es este el concepto que el señor ministro tiene de la humanidad? ¿Es así cómo viene a darnos esta ley? ¿Es inspirado por esta filosofía que cree debe estudiarse la historia? Sólo así se pueden explicar, señor presidente, las aseveraciones, los conceptos y los juicios del señor ministro en su arenga de la sesión pasada!

Señor presidente: no hay punto de comparación en la frase de Felipe II con la que voy a decir, y que sin embargo, se relaciona con ella.

Yo era muy joven cuando llegaban a mis manos los primeros libros que me daban a conocer los sucesos de la Revolución Francesa. Leía el *Libro de los Oradores* por Timon; y, cuando en él encontré aquella frase de Dantón que repetirá eternamente en la historia: «¡Seamos benditos, para la felicidad de Francia!», yo me sentí como impulsado por un botón eléctrico y me levanté entusiasta, lanzando un ¡hurra!, que terminó en sus últimas vibraciones con el acento de una maldición!

¡Qué profundo misterio hay en el corazón humano! ¡Qué mezcla de luz y de sombra, de virtud y de vicio!

En esta misma frase se condensan estos dos sentimientos y se funden estas dos ideas: «scamos bandidos» «para la felicidad de la patria»!, lo que expresa un abismo de virtud y de crimen, de amor y de odio, de abnegación y de egoísmo!

El señor ministro, no obstante la disparidad

de situaciones, ha juzgado con más crueldad la frase sublime de Felipe II, que la criminalmente patriótica y tristemente célebre de Dantón!

No; *non sunt facienda mala ut eveniant bona*: no se debe llegar al bien por el camino del mal; el fin no justifica los medios, y esto sólo basta para condenar el grito de Dantón, mientras que en aquel otro caso, la frase de Felipe II expresa simplemente el cumplimiento de la ley, y es la manifestación más pura de la justicia, del patriotismo y de los sentimientos más nobles del corazón humano, en pugna con los sentimientos carnales del hombre.

Señor presidente; yo puedo hacer con más justicia que el señor ministro la historia de la Inquisición y de estas persecuciones respectivas de los católicos contra los heterodoxos y de los heterodoxos contra los católicos; pero hecha por mí esta relación, pierde de autoridad y pierdo hasta de interés en la exposición.

En obsequio a la brevedad, en obsequio a la mayor autoridad de la palabra, y en obsequio hasta de la belleza en la exposición, la Cámara ha de permitirme ajenos conceptos, y que cite palabra de diversos autores, ninguno de ellos pertenecientes a la Iglesia católica, sino unos al partido de la Revolución, y otros a sectas disidentes.

Edgard Quinet, autor nada sospechoso, en su obra *La Revolución*, dice: «Cuando los protestantes anatematizan los primeros actos de la Revolución, anatematizan, sin quererlo, los orígenes y los actos de la reforma. Por donde quiera que ésta hizo explosión en el siglo XVI, sus primeros actos fueron la destrucción de las imágenes, el saco de los templos, la venta de los bienes eclesiásticos, el mandamiento de acatar y obedecer hasta en el fuero interno de la conciencia al nuevo poder espiritual, y el destierro en fin y la persecución, no sólo de todos los sacerdotes, sino también de todos los que en el fondo de su corazón se mantenían fieles a la antigua Iglesia. Esto es lo que ha hecho la reforma; esta es la manera cómo ha podido establecerse y arraigarse en el mundo. ¿Qué más fué lo que hizo la Revolución Francesa en la época del terror?» (Lib. V, cap. IX, tomo 1º).

El anglicano Neale, se expresa en estos términos: «La palma de la crueldad y de la perfidia en materia de persecuciones religiosas, corresponde a los protestantes, y sin embargo, cuántos saben de memoria los hechos del duque de Alba y de Vargas, que no han oído hablar de los crímenes mayores aun de un Lumey o de una Marie Brand! Si hubiera que

adjudicar un premio a la crueldad de que dieran muestra los católicos, durante sus luchas con los protestantes, habría que inventar para éstos otro premio mucho mayor, porque los excedieron en refinamientos de maldad.» (J. M. Neale, *Historia de la Iglesia Jansenista de Holanda*).

Hallam, en el *Ensayo sobre la historia constitucional de Inglaterra*, dice lo siguiente:

«En Inglaterra, ha escrito Macaulay, la religión fué mero instrumento de las pasiones mundanas. Un rey, cuyo carácter se describe con sólo decir que fué el despotismo personificado, ministros sin principios, una aristocracia poseída de rapacidad, y un parlamento de lacayos: he aquí los propagadores de la reforma de Inglaterra. De esta suerte, la separación con la Iglesia romana, obra comenzada por Enrique VIII, verdugo de sus mujeres, se continuó por Sommerset, verdugo de su hermano, y quedó completada por Isabel, verdugo de su hermana. La reforma en fin, en Inglaterra, al menos, fué el producto de brutales pasiones, alimentadas y sostenidas por una política egoísta.»

Ahora, después de esto, creo que me será permitido citar también un espíritu que será ya menos sospechoso de parcialidad, y que podrá tomarlo entre tantos otros de los que pertenecen al catolicismo.

No voy a citar a Menéndez Pelayo ni a tantos otros que podría citar, pero se dejaré hablar a Sánchez de Toca, escritor español también. Dice así:

«En medio de la crisis moral se eclipsa la libertad civil y política: las naciones cristianas se convierten en dictaduras. Siglo implacable de lucha, de intolerancia y persecución, aquel siglo convirtió al verdugo en rueda principal de la máquina del gobierno y al tormento, en instrumento indispensable para el triunfo de un principio. Lutero y Calvino, perseguían con más encono y menos fe que Torquemada; Enrique VIII con instintos brutales y sanguinarios que no tuvo Felipe II; Isabel con más fría saña y feroces instintos que la reina María, desollaba vivos a los sectarios y mandaba ahorcar a los jesuitas. Si Roma redactaba el Índice expurgatorio con los libros heréticos, Isabel de Inglaterra promulgaba su terrible ley marcial contra los que tuvieran en su poder libros, folletos o escritos prohibidos por el capricho de la majestad británica. Si por la Inquisición políticorreligiosa de la majestad católica se cometen algunos yerros y graves injusticias; si por ella se perseguía a hombres como fray Luis,

mucho mayores son en todo terreno las iniquidades de la Inquisición protestante, que encerraba en sus calabozos a Greccio, mandaba al cadalso a Fischer y Tomás Moro, y con aplauso de todas las sectas, del suave Melancthon, como del exaltado Bucero, condenaba a la última pena a Miguel Servet y demás ilustres sabios y hombres de Estado. Aquí se hacían autos de fe: allí Enrique VIII condenaba a ser quemado vivo a todo clérigo, y a cadena perpetua y confiscación de bienes a todo seglar, que no dijera «credo» ante el símbolo confesional redactado por la corona anglicana...» Vicisitudes del Pontificado.

Ya se ve, pues, señor presidente, cuál era el estado de Europa en la Edad Media; cuál era el estado de dureza y de barbarie propio de aquellos tiempos que se pueden precisar con esta sola observación: las pruebas judiciales, señor presidente, eran las del agua y del fuego!

El señor ministro ha olvidado todo esto y ha olvidado el principio jurídico: *distigue tempora et concordavis jura*, para venir a hacer una exposición declamatoria, parcial y sin espíritu histórico, respecto a la Inquisición española y a la frase de Felipe II.

¿Cuál era el carácter histórico de la lucha de Hildebrando con Enrique IV de Alemania? ¿Cuál era el carácter de este último y los motivos de esta lucha? No los expresaba; pero como el señor ministro decía que estas luchas no tenían otro objeto que la ambición de los papas, necesito decir cuál era el carácter de Enrique IV, con quien más fuertemente se sostuvo la contienda. Era un corrompido y un déspota en toda la extensión de la palabra, un déspota y tirano cruel como el primero.

La lucha que la Iglesia ha sostenido con las potestades y los reyes de la Edad Media, ha sido en favor de la libertad de los pueblos, señor presidente.

Esto voy a probarlo, con la autoridad de una obra de ahora poco tiempo, laureada por la academia española. Los que no la conozcan han de quedar sorprendidos al ver como ha podido juzgar el autor, quizá en condiciones más desventajosas que el señor ministro, aquella época histórica.

Comencemos por lo que se refiere a Enrique IV de Alemania.

«Era Enrique IV, el antagonista de Hildebrando, príncipe violento y licencioso, corrompido desde su juventud con las adulaciones del obispo Adalberto que, por mejor dominarlo, pervertiólo con indulgencia culpable; los primeros actos de su realza fueron entrar a Sajonia a

fuego y sangre; y porque no le faltase señal alguna de tirano, juntó a la dureza de entrañas la liviandad y el vicio.»

Basta para dar un breve conocimiento del personaje.

Ahora respecto a la influencia de la lucha del pontificado con los reyes y al sistema eclesiástico de Hildebrando, dice así:

«Profunda concepción política que tendía, no precisamente, como suele decirse, a «crear vasta teocracia», sino a imponer «al Estado civil, bárbaro, feudal, la dirección del poder más inteligente, más puro, más moral de la tierra; a ordenar la marcha de las naciones, según las enseñanzas y doctrinas del cristianismo.» Al afirmar la primacía pontificia, el insigne Hildebrando ata el roto hilo de la tradición apostólica, de los concilios, de los apologistas y doctores, Tertuliano, Optato, San Cipriano, San Agustín, San Gregorio de Nisa: tradición que es «mera consecuencia del principio de unidad que a la Iglesia informa». La Iglesia no puede fraccionarse; «la idea fundamental del catolicismo» es contraria «a las iglesias nacionales, necesariamente sometidas al influjo corruptor del Estado», sujetas a las imposiciones y caprichos parciales del feudalismo, a la profunda y absorbente tiranía monárquica, «a la fuerza bruta», a la violencia, que rompe en pedazos la túnica inconsútil de Cristo. Mirada la cuestión desde el punto de vista humano y político, la Iglesia debió a su organización coherente y vigorosa, el poder mantenerse firme, unánime y pujante, y resistir y sobrevivir al Imperio, a las invasiones de los bárbaros, y conservar libertad y eficacia y ejercer legítima y decisiva influencia en leyes y costumbres. Cuando a los funcionarios del Estado, a los municipios romanos, a los mismos emperadores, señoreaban honda apatía y desaliento y huía de sus negligentes manos el poder, apareció el cuerpo eclesiástico animado de inextinguible celo, aliento y vida. Sólo el clero era moralmente fuerte: fué poderoso; y la médula y nervio de tal poder consistía en su carácter espiritual. Materialmente no hay cosa más endeble que la Iglesia. ¡Cuán superior en pujanza se muestra Enrique IV a Hildebrando! Tenía en su apoyo las tradiciones del Imperio romano, «la fuerza del feudalismo»; Hildebrando ni aun era dueño de Roma: un prefecto de la ciudad, un alcaide, pudo arrastrarle de los cabellos al pie del ara. Pero Hildebrando estaba armado del espíritu: cuando Enrique se posternó a sus plantas en Canossa, «la fuerza material» confesó la victoria de las «omnipotentes e incoercibles ideas».

Este es, señor presidente, el influjo que la lucha de los pontífices con el poder temporal ha tenido en la civilización del mundo: de contrarrestar el poder absoluto, de vencer el espíritu bárbaro de las monarquías medievales, de dulcificar el carácter bárbaro de aquellos tiempos feudales, y fundar así la libertad y la civilización actual por las luchas del pontificado, no menos que por la influencia de la legislación canónica.

Ruego al señor secretario se sirva leer este otro párrafo de esta obra.

Sr. Secretario. — «Al rehacerse la Iglesia, «rehizo la moral social». Quien considere el oficio que desempeñó respecto a la civilización, y lo contemple en su lucha secular con paganismo y barbarie, y cuente y registre sus nunca interrumpidos trabajos en pro del bienestar moral, intelectual y material del orbe, comprenderá la teoría de Gregorio VII. «La benéfica acción de la Iglesia *no es artificiosa tesis histórica; es hecho inmenso* que salta a los ojos de todo aquel que lea, medite y estudie su doctrina, y atienda a un irrecusable testimonio y los cánones de los concilios, legislación incesantemente perfeccionada, código progresivo, fundado en bases de eterna equidad. La tradición de la Iglesia autorizaba las decisiones de tan augustas asambleas, de modo que la ley de ellas emanada, poseía, amén del carácter coactivo, otro ético y sagrado; cuando habla el concilio habla el Espíritu Santo. *No se limitan los concilios a definir el dogma*, corrigen las costumbres, *y esto desde su origen*. Un canon de nuestro Concilio de Elvira en el siglo IV, impone ya siete años de penitencia a la mujer que haya inferido a su sierva lesiones mortales; estatuye penas contra las que rompen el lazo matrimonial, contra los sacerdotes envueltos en la usura y negocios mundanos. Al paso que van reprimiéndose las herejías y estableciéndose la disciplina, cuestiones prácticas reclaman la atención de los concilios. Del siglo IV es también el canon del de Cartago que ordena honrar a pobres y viejos antes que a las demás personas, y que dádiva alguna del opresor de los pobres sea recibida en la Iglesia, así como el de Toledo que excomulga al poderoso si despoja a un pobre y no restituye. En el siglo V, el primer concilio de Orange establece *una de las instituciones más piadosas de la edad media, el derecho de asilo*, prohibiendo *entregar a los esclavos fugitivos* que ofendieron a sus amos y se refugian en las iglesias...»

Sr. Pizarro. — Ruego a la Cámara que note

como viene fundándose poco a poco la libertad sostenida por la Iglesia, dándose los primeros pasos en la emancipación del esclavo con el derecho de asilo, de manera que el esclavo que se refugiaba en el templo quedaba libre. Esta ha sido la manera cómo ha ido legislándose y estableciéndose la libertad, o abolición de la esclavitud en el mundo, cuyo último acto en América acaba de realizarse en el vecino Imperio.

Sr. Secretario. — ... «el de Agda, que legislaba durante la dominación de Alarico, dispone que la Iglesia tome bajo su protección a los libertos, excomulga a los homicidas, atiende a la suerte de los niños expósitos; el de Epaona condena al amo que mate a su esclavo; el V de Orleans manda a los arcedianos visiten todos los domingos a los prisioneros, y a los obispos cuidar de que nada falte a los leprosos; el de Lyon III reitera el mismo encargo; el de Macón resuelve que los obispos tengan franca su puerta a extranjeros y pobres, y veda a los clérigos presenciar ejecuciones capitales; el III de Toledo vuelve a ocuparse de favorecer a los esclavos; el de Reims, más radical, reprueba que a nadie se esclavice; el IV de Toledo, censura que se obligue a los judíos a abrazar el cristianismo por fuerza; el XI deponen de su dignidad, para siempre, al eclesiástico que asiste a una sentencia de muerte o castiga a cualquiera mutilándolo; el IV de Braga impide a los obispos afligir con ninguna corrección corporal a sus subordinados. En los numerosísimos concilios de la Iglesia española se hallan repetidos cánones que tienen por objeto amparar y preservar de la muerte a las mujeres e hijos de los difuntos reyes godos: precaución bien necesaria de aquellos tiempos de desapoderada ambición, cuando los parientes del rey que muere se proponen extinguir su descendencia, como se vió en las dinastías merovingias. Igual espíritu de piedad va inspirando a todos los concilios; el de Berbería prohíbe, al que casó con esclava, repudiarla por su clase; el de Verneuil, ordena a jueces y condes soberanos que juzguen, en primer lugar, la causa de la viuda y del huérfano; el de Nortumberland exhorta a grandes y ricos a la justicia; el de Arles, previene que en épocas de hambre se repartan víveres a los pobres. Presenta la serie de los concilios, diferencias merecedoras de ser notadas: atentos, al principio, a definir dogmas, a confutar monstruosas herejías que en los primeros siglos abundaron; les vemos, cuando arrecia la barbarie y la violencia manda, proteger esclavos, mujeres y niños, dulcificar los códigos, atajar las mutilaciones y suplicios; del

siglo VIII al IX, al renacer las letras, sin dejar de mirar por las buenas costumbres de la clerecía, proveen a la instrucción pública ordenando a los obispos leer la Escritura Santa, estudiar, fundar escuelas, dar a los monasterios, superiores sabios, y al llegar las centurias X y XI, su tarea es batallar con los vicios eclesiásticos, sin descuidar por eso la causa de los débiles y menesterosos. Pues este continuo grito, clamor perenne de justicia, que tanto consuela oír resonar en las edades alborotadas y oscuras, explica harto el predominio social de la Iglesia fundado en los principios nuevos, humanitarios y fecundos que sustentaba. Profesábalos desde su fundación, pero hasta la edad media no le fué dado comunicarlos.»

Sr. Pizarro. — Ahora, señor presidente, para que se conozca la influencia que los concilios han tenido en la civilización del mundo, en el progreso de la libertad humana, basta con lo que se ha leído. Los que no conozcan esta obra, desearán, sin duda, saber quien es su autor; es una mujer. He creído que en estas cuestiones debe dejarse oír la palabra de una mujer, y he elegido entre tantas otras ésta, que es una obra coronada por la academia española; su autora es la señora Emilia Pardo de Bazán.

Lo que se acaba de leer es de la introducción a la obra, precioso estudio histórico de la edad media. La obra entera trata de la influencia de las comunidades religiosas en la edad media, y del carácter de las herejías y de las controversias teológicas de aquella época. La obra en sí misma es la vida de un fraile; es la vida de San Francisco de Asís.

Después de esto, señor presidente, se puede ver cual es la importancia de la arenga del señor ministro, en la sesión pasada. Ella carece de criterio histórico, carece de criterio filosófico, carece de criterio jurídico.

Y no podía ser de otro modo, señor presidente. Todas estas contiendas teológicas de la Edad Media, he insinuado ya, que tienen su razón de ser en la íntima relación que se nota entre las cuestiones teológicas y las cuestiones sociales.

¿Por qué, con ocasión de una ley de matrimonio, estamos revolviendo todas estas cuestiones de concilios, de cánones, de sacramentos, de dogmas y de todo lo demás?

Porque están íntimamente relacionadas entre sí, y, así se explica que todas las cuestiones de las herejías de aquél tiempo, fueran cuestiones de carácter eminentemente social; y, por lo tanto, que los poderes civiles tuviesen, los unos en un sentido y los otros en otro, un interés

especial en reprimir y mantener la unidad de su fe religiosa, como elementos de unidad política, de unidad nacional.

Hay una nación, señor presidente, que no tiene fronteras, que no tiene pueblos ni ciudades; que no tiene gobierno propio; que pasa por todos los pueblos y naciones de la tierra recibiendo sus leyes; proscrita de todas ellas, va dispersa por el mundo; y sin embargo, esa nación conserva su carácter nacional y forma, a pesar de todo, una nación. Esa nación, señor presidente, es la nación judía.

¿Por qué esta nación en tales condiciones y a través de los siglos, conserva su carácter nacional?

No por otra razón, señor presidente, que por el respeto a sus tradiciones religiosas, a su fe religiosa.

Es por esto, señor presidente, que aunque mi honorable amigo, el señor doctor Posse, cree poder penetrar en el santuario de mi conciencia y hasta desautorizar mis palabras, cuando yo digo que defendiendo mis convicciones religiosas, poniéndose en contradicción con el principio mismo que él invoca al fundar este proyecto, y faltando con esto a las conveniencias sociales y disposiciones reglamentarias de esta Cámara, habrá por lo menos de concederme que defendiendo convicciones políticas siquiera, y no podrá juzgar, como lo ha hecho, que solamente he atacado este proyecto por motivos de tenaz oposición al gobierno.

Señor presidente: dos días he hablado en esta Cámara, y no he hablado ni de la policía, ni del telégrafo, ni del correo; no he hablado de las obras de salubridad, de la revolución de Tucumán, de la deposición del gobernador de Córdoba; no he hablado de ninguna de estas cosas; no he hecho política; no he hecho lo que pudiera llamarse oposición al gobierno; no he hecho sino impugnar el proyecto en discusión.

¿Impugnar el proyecto es hacer oposición al gobierno?

Por supuesto que sí, y confieso que lo hago, no con un espíritu de parcialidad, de hostilidad política a la situación actual, sino al acto malo de la administración actual; a este acto que viene a romper entre nosotros el principio de unidad religiosa que es uno de los principios fundamentales de la unidad nacional.

¿Y que va a ser de esta tierra, señor presidente, abierta al comercio de todas las banderas del mundo, donde todos pueden venir a vivir bajo el amparo de nuestras leyes, donde dentro de poco tiempo se hablarán todos los idiomas de la tierra, si Dios quiere proteger su des-

arrollo y su población; donde el cruzamiento de las razas hará desaparecer hasta el tipo argentino!

¿Qué va a quedar de esta nacionalidad, si relajamos la influencia de la religión, cuando las nacionalidades sólo se distinguen por estos tres elementos principales: el idioma, la sangre y la religión!

Confundida nuestra sangre con la de todos los hombres del mundo; confundido nuestro idioma con los demás idiomas, y faltos de unidad religiosa, habremos constituido una nueva Babel en la República. ¿Qué es lo que va a quedar entonces del espíritu verdaderamente argentino, qué es lo que va a constituir el vínculo de la unión nacional; cual será el elemento argentino, y a qué vendrá a reducirse la nacionalidad argentina?

Cuando pasa por nuestras calles una familia, nosotros sabemos si es argentina o extranjera. ¿Por qué? Por la raza, revelada en la fisonomía; por el idioma que habla y muchas veces sólo por la religión que profesa.

Tratar, pues, de hacer desaparecer en la ley, en las costumbres públicas, en la familia, en la sociedad, el sentimiento religioso, el sentimiento cristiano, el carácter católico de la Nación, el sentimiento más vivo, el vínculo más fuerte de la unión nacional, es romper la unión nacional, es borrar y suprimir la unidad nacional.

El señor ministro no ha sabido darnos a este respecto el espíritu constitucional, el espíritu verdaderamente patriótico, el espíritu filosófico de la Constitución, al referirse a las disposiciones constitucionales que yo he citado y comentado para demostrar el propósito manifiesto de la ley fundamental del país, de mantener principalmente una religión en el Estado, una religión en la familia, una religión en la sociedad, y por este principio una nación en medio de la diversidad de religiones, de idiomas y de razas.

El señor ministro me decía: «No hay, no puede haber religión del Estado, porque esto no es compatible con la libertad de cultos y conciencia.» Yo pregunto al señor ministro si en Inglaterra hay o no una iglesia oficial, y si hay o no libertad de conciencia. Y si puede haberla allí, ¿por qué no puede haberla entre nosotros? ¿Qué incompatibilidad hay?

¿Por qué, preguntaría al señor ministro, todas las naciones de la tierra han hecho del derecho de casarse, no un derecho natural como él lo ha pretendido, sino un derecho civil? ¿Por qué han hecho de este derecho un derecho propio de los ciudadanos, que sólo puede ejercitarse con arreglo a las leyes del país donde el ex-

tranjero a quien se le permite el matrimonio quiera casarse?

Porque las naciones, señor presidente, tienen un interés palpitante en conservar por medio de su legislación sobre el matrimonio, la legislación propia y especial de la familia, que es la base de la sociedad en general y, por consiguiente, la base de la Nación y de la patria.

El carácter que tenga la familia argentina, ese será el carácter que tenga la Nación en sus costumbres, en su sociabilidad. Aflojad ese lazo en la familia, relajadlo en la sociedad, y en vez de incorporar al extranjero por la familia en la nacionalidad argentina, despedazáis la familia argentina y constituís la familia cosmopolita, rompiendo los vínculos de la nacionalidad argentina.

Iréis entonces contra el texto y el espíritu de la Constitución; iréis contra la política de la Constitución, iréis contra el primer principio conservador de la nacionalidad en todo tiempo.

Es por esto, señor presidente, que estas cuestiones de carácter religioso tenían tanta trascendencia en la Edad Media, y que no dejan de tenerla en nuestra edad, aun cuando por razón de la civilización misma que el cristianismo ha introducido, y de la dulzura mayor de las costumbres, los medios de acción y de fuerza que ponen los partidos en lucha no sean tan bárbaros, y, aunque violentos, sean menos bárbaros que aquellos, del punto de vista de nuestra actual civilización.

Es por esto que he impugnado el proyecto del Poder Ejecutivo, proyecto que aspirando a reunir en un solo principio, principios diametralmente opuestos, fundaba un imposible manifiesto.

La síntesis del proyecto del Poder Ejecutivo es esta: hermanar en un solo principio la revelación y la revolución, el dogma y el libre examen, la Iglesia católica y la reforma, Dios y el universo corpóreo, el alma humana y el instinto animal, la libertad y la fuerza, el ser y el no ser.

Este es el proyecto Posse; proyecto famoso, que fué saludado indudablemente con aplauso por gran parte de la prensa de esta Capital, que llevó el propósito y la fama de su autor a todos los confines del continente, teniendo alta repercusión y resonancia donde debía necesariamente tenerla por la naturaleza misma del proyecto: en el «Imperio» del Brasil.

Allí, en el Senado del «Imperio» este proyecto fué altamente encomiado, y sobreponiéndose hasta a las susceptibilidades nacionales, sena-

dor hubo que quería cambiar nuestro ministro de justicia y culto por el del «Imperio».

Indudablemente no se engañaba el senador brasileño cuando trataba de las aptitudes personales de mi distinguido amigo el señor doctor Posse; pero, sí, se engañaba y se hacía una tremenda ilusión, cuando creía que podía fundarse o establecerse este proyecto como principio de legislación o filosofía; como principio directivo del espíritu humano y de sus diversas tendencias; cuando creía que podía él servir de elemento conciliador de todas ellas, fundar la libertad, y servir de base a la celebración del matrimonio, constituyendo así un principio social.

Esto es, señor presidente, simplemente absurdo.

Por dar cierto carácter de escuela al proyecto del Poder Ejecutivo, yo dije que él establecía cierto eclecticismo en medio de dos escuelas antípodas, agregando que este era un eclecticismo imposible.

Al señor ministro de justicia y culto le ha parecido bien esta clasificación, que daba a su proyecto cierta importancia científica o técnica, que le daba cierta filiación en alguna de las escuelas conocidas, y en su discurso me decía: ¡Si el eclecticismo se usa también en medicina! Y se dirigía a su colega del Interior, que, con la cabeza hacía un signo de aprobación. (*Risas*).

El eclecticismo, señor presidente, yo sé que puede emplearse indudablemente en todo, en literatura, como en legislación, como en medicina, en todo lo que se quiera; pero, eso no importa decir que el eclecticismo no sea en sí mismo un absurdo.

No hay términos medios, no hay verdad y mentira al mismo tiempo, no hay medias verdades y medias mentiras, lo blanco no puede ser blanco y negro al mismo tiempo, el carácter distintivo de la verdad es la unidad; por consiguiente, no puede haber esta especie de selección o de mescolanza de la verdad y de la mentira, así como en el orden político, por ejemplo, el patriotismo y la traición a la patria no puede ser una misma cosa. La virtud y el vicio no pueden existir en un mismo acto; y sin embargo este es el principio fundamental del proyecto.

El señor ministro ha tratado de estudiar al matrimonio en el pasado y sin observar que toda ley si bien tiene sus antecedentes y puntos de partida en el pasado, los cuales deben ser consultados, miran sin embargo al porvenir, no ha querido señalarnos el porvenir de

las naciones con la ley de matrimonio civil, ni nos ha dicho cual sería el de la sociabilidad argentina, sino que se ha dado vuelta al pasado para mirar el mundo y mostrarnos las sociedades pastoras de la edad patriarcal.

¿Es esta la civilización que por medio de esta ley pretende alcanzar el Poder Ejecutivo, para la Nación? ¿Es esta la civilización que anhela, que así va a buscar la semejanza del matrimonio que proyecta y su razón de ser en el casamiento de la hija de Laban, o en la compraventa de las mujeres en civilización rudimentaria de la época y de los pueblos bárbaros?

Pero, señor presidente, yo podría contestar los argumentos que ha pretendido hacer el señor ministro, con decirle: David tenía 700 mujeres y 900 Salomón; ¿por qué en su ley no hay un artículo que apruebe también la poligamia?

Si este es el estado social a que aspira esta ley, ¿por qué no da más facilidades a la conciencia también en este sentido?

Luego, todo el estudio que ha hecho de la edad patriarcal, es completamente inoportuno, y a nada conducente para fundar esta ley.

El señor ministro en vez de mostrarnos los destinos pasados de la humanidad, ha debido mostrarnos los destinos futuros; y en vez de señalarnos el paraíso perdido, ha debido señalarnos el paraíso reconquistado; ha debido hablarnos de la humanidad en su cuna.

Yo sé, señor presidente, que hay una escuela social que habla de una nueva regeneración, en que el mundo se verá libre de las religiones, tristes preocupaciones, hijas de nuestro atraso; pero, sé también que esa escuela social no sabe fijar los destinos de la humanidad y se pregunta: ¿cuál será el estado moral y el destino de las sociedades, el día que las religiones hayan dejado de existir?

Y bien; esta pregunta que la escuela socialista no resuelve, ni la sabe resolver tampoco el señor ministro, ni ha tratado, ni se ha preocupado siquiera de indicar, ha debido preocuparlo para decirnos cuáles serán los destinos del pueblo argentino bajo esta ley; cuál la influencia del principio social que ella pretende establecer con la eliminación del principio religioso en la vida social y en el porvenir de la Nación.

El ha debido entonces comprobar, al menos, la hipótesis de Herbert Spencer en el porvenir de las sociedades humanas, o justificar la existencia del supuesto cielo de Figuer.

Haciendo el señor ministro la crítica de la

legislación del matrimonio según las disposiciones del Concilio de Trento, el señor ministro nos decía que, según la legislación canónica del Tridentino, basta para comprobar el casamiento, la declaración del padre y de la madre de la novia, como testigos del matrimonio, cuando esta declaración no habría bastado para comprobar una deuda de veinte pesos.

Perdóneme el señor ministro; esto es de todo punto inexacto; esta declaración de los padres no tiene semejanza alcance en la ley canónica, con arreglo a la cual no habría en manera alguna prueba para justificar el matrimonio. Esas declaraciones no lo comprobarían ni con arreglo al Concilio de Trento, ni con arreglo a nada.

Estos testigos han tenido otro objeto, y el Concilio de Trento sólo los exige como medio de hacer que el matrimonio se celebre ante la Iglesia, para evitar el matrimonio clandestino; pero, para darle fuerza probatoria ante los tribunales, para comprobar judicialmente el acto, y asegurar con esta prueba sus efectos civiles, no; esa declaración de los testigos del matrimonio no hace prueba. Valdría siempre que viniera acompañada de otras, como uno de tantos elementos que concurren a formar la prueba; pero por sí misma, como decía el señor ministro, no da derecho, ni ha sido prueba jamás la declaración del padre y de la madre del casamiento del hijo, con arreglo al Concilio de Trento, ni con arreglo a ninguna de las legislaciones existentes.

No es cierto.

Vendrá la posesión de estado, la declaración de testigos, vendrán todas las pruebas que se admiten en derecho; pero no bastará la declaración del padre y de la madre.

Este argumento, es un argumento nada más; es un argumento que no se puede hacer, pero que el señor ministro hace.

El señor ministro nos habla de que el matrimonio religioso no había existido en la antigüedad; entre los romanos era una simple venta y que se dudaba si era un contrato real.

Señor presidente: entre los romanos, como entre nosotros mismos hoy, había diversas clases de matrimonio.

Entre los romanos había el matrimonio de la *co emptio* que no era religioso, indudablemente; pero había el matrimonio por *conferratio* que era el verdadero, el legítimo matrimonio, el que daba a la mujer todos los derechos de mujer legítima, y ése era religioso.

Lo mismo, señor presidente, hay cierta especie de uniones, ciertas fórmulas legales que en todos los tiempos han sido reconocidas; son

derechos civiles, que las leyes declaran y amparan, como la barragania de la legislación española y el de la familia natural en nuestra legislación actual. Estas son también ciertas «especies» de matrimonios, que dan derechos a toda clase de «cónyuges» y a los hijos, los que se llaman «naturales», forman con los padres, la «familia natural»; pero no es esto lo que propiamente se entiende por «matrimonio».

¿Qué es lo que los distingue? Son dos sus caracteres distintivos: su carácter «social» y su «indisolubilidad».

Lo mismo ha sido en las naciones todas a que el señor ministro se ha referido cuando lo hemos oído hablar de sus diferentes clases de matrimonios.

El señor ministro me hacía este argumento, para contestar a la observación de que esta institución del matrimonio civil había nacido bajo la influencia del despotismo napoleónico, a quien nada deben las libertades. Entonces el señor ministro decía: ¿qué más se puede pretender de él que haber dado un código tan sabio, como el que dió a Francia?

El señor ministro no temía hacerse así cómplice de la más ruin de las usurpaciones napoleónicas, contra la verdadera gloria de Francia.

El Código Civil de los franceses, señor presidente, ni en su iniciativa, ni en su formación, pertenece a Napoleón; y yo reivindico para la Constituyente, para la Legislativa y para la Convención; como para Cambaceres, para Tronchet, para Bigot-Preameneu, para Portalis y para Maleville, y los miembros del Tribunado, toda la gloria del «Código Civil de los franceses», sancionado con este título en 1804, y usurpado bajo el «Imperio», con ocasión de su reforma, para acomodarlo a la nueva constitución política de Francia, en cuya ocasión tomó el título de Código de Napoleón.

Señor presidente: el Código Civil de Francia es tan código de Napoleón como esta ley será mañana la ley Posse.

La ley de matrimonio civil será en la República Argentina la ley Juárez, como en Francia el «Código Civil de los franceses» es el código de Napoleón.

El señor ministro nos ha hecho la crónica de este proyecto. Yo respeto su palabra y la relación que nos ha presentado, pero como no ha hecho historia sino crónica, forzoso será recordar algunos antecedentes que completan esta media historia con que se ha defendido el señor ministro.

No es de la iniciativa del señor ministro de justicia y culto que nace esta ley de matrimo-

nio civil. Cuando él ha venido al ministerio, tengo entendido que ha encontrado ya preparado otro proyecto de ley de matrimonio civil, debido a su predecesor en el ministerio. Esta ley, señor presidente, viene desde la última época del gobierno del general Roca, y ha sido prohijada abiertamente por el señor presidente de la República.

El señor ministro ha entendido mal mis palabras. Yo dije en mi discurso lo que es una verdad y consta del mensaje mismo con que el Poder Ejecutivo acompaña el proyecto, esto es, que el pensamiento de dar la ley del matrimonio civil a la Nación era un propósito persistente del presidente de la República; que mi honorable amigo el doctor Posse se había encontrado en una situación difícilísima porque se había visto en la necesidad de dar forma a un pensamiento, que era imposible hacer viable en la ley, de conformidad a los principios fundamentales de la moral, de la legislación, del derecho, etcétera.

Cuando afirmé lo primero, que era un pensamiento personal del presidente, fué fundado en el mensaje con que el Poder Ejecutivo acompaña este proyecto, cuyas últimas palabras dicen así: «Entretanto queda entregado el proyecto de ley de matrimonio a vuestro ilustrado juicio y al público examen, cumpliendo por mi parte la promesa que sobre esta materia os hice...» — ¿Quién? El presidente de la República... — «... al abrir las sesiones del presente período legislativo.»

Este documento, señor presidente, no está redactado en la forma impersonal en que regularmente se dirige el Poder Ejecutivo a las Cámaras del Congreso; reviste el carácter de la época; habla a nombre del presidente, no a nombre del Poder Ejecutivo, que implica cierto acuerdo con el ministerio en la impersonalidad que reviste esta designación: Poder Ejecutivo. Pero aquí se habla en sentido personal y a nombre sólo del presidente: ¡lo que «yo» prometí, «yo lo cumplo!» ¡Aquí está!

Bien, pues; yo no quiero negar la exactitud de la relación que ha hecho el señor ministro en la sesión anterior, en lo que es personal; pero, sí, pretendo justificar la exactitud de las palabras mías, que dieron origen a su explicación.

Sr. del Valle. — ¿Va a concluir el señor senador?

Sr. Pizarro. — Sí... voy a concluir.

Voy a terminar, señor presidente.

Esta discusión se hace muy larga; ya siento a la Cámara fatigada.

Me parece que dejo rebatidas las principales observaciones del señor ministro de justicia y culto.

Voy a ser vencido en la votación. Cuando vine a este debate, traje el sentimiento íntimo de mi derrota, que expuse con ingenua franqueza, no exenta quizá de alguna inconveniencia; pero, hoy que el ministro de justicia y culto me la intima desde la altura de su omnipotencia parlamentaria, yo tengo que creerla y confesarla; tengo que conformarme con ella.

El señor ministro al hacerme esta dura intimación, ni siquiera ha querido concederme los honores de la guerra, que yo no los he demandado; me los ha rehusado sin solicitarlos de mi parte, y no sé a qué espíritu ha podido responder esta denegación de cosas que nadie le reclamaba.

Yo evidentemente había agradecido, no al ministro, pero sí al amigo, algunas palabras de atenuación en mi derrota. Pero, yo no he venido señor presidente, a recoger glorias ni triunfos en este debate. Voy a caer; pero voy a caer abrazado a la Constitución y a la bandera de la patria, defendiendo hasta el último momento mis convicciones y, estrujando entre mis manos el proyecto Posse y la ley del Poder Ejecutivo; mientras que el señor ministro va a triunfar lejos, muy lejos de este proyecto, con la bandera roja de las turbas populares de París, sin haber tenido una palabra para defender su proyecto, y antes habiendo declarado por dos veces que el Poder Ejecutivo, el presidente de la República y el mismo señor ministro, no apoyan ya el proyecto Posse, ni insisten en el sistema y en la forma de la ley propuesta por el Poder Ejecutivo!

El señor miembro informante de la Comisión, señor presidente, nos decía que el Senado era en la República el Sinaí de donde salían las leyes de la soberanía. Yo no acepto ni en hipérbole, este concepto que elimina la soberanía de Dios en el gobierno de las sociedades humanas; pero, sí, convengo que se diga que el Senado es una montaña; es el Taigeto señor presidente, de cuya cima las mujeres de la Grecia precipitaban sus hijos deformes y contrahechos, para producir la selección de su raza por la eliminación de los seres inferiores de ella.

Tal es el destino de este proyecto, que será seleccionado en el Senado y que tomara o no tomará el nombre de ley Posse o ley Juárez; pero en que, indudablemente, como Tronchet, como Bijot Preamenou, como Portalis, Maleville, y tantos otros, los senadores — creo que puedo nombrarlos — del Valle, Zapata, Derqui

y otros que se encargarán de dar nuevas formas y de seleccionar este proyecto, se verán obligados a repetir las palabras del poeta latino: *Ego hos versiculus feci alter vero tullit honores. (Aplausos).*

Sr. Rodríguez (C. J.). — Pido la palabra.

Sr. Presidente. — Si el señor senador no tiene inconveniente, hará uso de ella después de un cuarto intermedio.

Sr. Rodríguez (C. J.). — Perfectamente.

—Se pasa a cuarto intermedio, y vueltos a sus asientos los señores senadores, dice el:

Sr. Presidente. — Continúa la sesión.

El señor senador Rodríguez (C. J.) tiene la palabra.

Sr. Rodríguez (C. J.). — Voy a ser breve; voy a decir sólo dos palabras, obligado por la necesidad de contestar a los cargos que se han hecho contra la ley del matrimonio. Se han hecho cargos de importancia, y creo que la Comisión debe responder a ellos.

En la sesión anterior, señor presidente, en que el señor senador por Santa Fe usó de la palabra, lo escuché con el respeto que inspira el talento y la ilustración que todos le reconocemos.

He oído de sus labios, señor presidente, palabras terribles que alarmaron mi espíritu. Escuché con calma las apreciaciones sobre las intenciones y propósitos que me atribuía al sostener esta ley; escuché hasta el fin, y lo que es más terrible aún, escuché los calificativos abrumadores que hacía de esta ley del Poder Ejecutivo y de mí mismo, como miembro informante de la mayoría de la Comisión de Legislación.

Esechando al señor senador creí por un momento que había cometido un crimen de lesa Constitución, de lesa civilización, de lesa humanidad, al cobijar esta ley y al presentarla al Senado como una ley constitucional, como una ley justa, como una ley de amplia libertad cristiana.

Bajo la influencia de esta creencia, señor presidente, sonando aún en mis oídos esos calificativos espeluznantes, que amartillaban mi alma, tomé el libro de la Constitución, me recogí en mí mismo, e invocando el Dios de mis padres, el Dios que invocaron los constituyentes, pedí, señor presidente, con la sinceridad del hombre honrado, iluminase mi espíritu, para entender esa Constitución tal cual fué la mente de los grandes y beneméritos patriotas que la formularon.

Bajo estos auspicios, señor presidente, he hecho ese nuevo estudio, y vengo con la conciencia serena a ratificar en todas sus partes el informe que tuve el honor de presentar en la sesión anterior al Honorable Senado sobre esta ley, y, a la vez, a levantar ese cargo de inconstitucionalidad de la ley a que me he referido.

El señor senador por Santa Fe nos decía en los primeros párrafos de su discurso:

«¡Soy argentino y soy cristiano!

«Por la gracia de Dios soy cristiano, católico, apostólico, en comunión con la Santa Iglesia Romana, cuya salvadora y sabia influencia, quisiera desterrar del pueblo argentino el señor miembro informante de la Comisión en mayoría, sin duda para extinguir en él la luz de la civilización moderna y que se extendiese sobre él la noche de la barbarie y del oscurantismo, la noche del terror y del crimen que pesasen como una maldición de Dios sobre esta pobre y desgraciada patria!

«Soy cristiano, católico, apostólico, en comunión con la Santa Iglesia de Roma, señor presidente, como soy liberal, republicano, demócrata, de conformidad y bajo los auspicios de la Constitución nacional.»

Este párrafo es exclusivamente personal, señor presidente. Suponer intenciones es deprimemente de la dignidad de un senador.

Yo podía pedir al Senado que mandara retirar esas palabras del Diario de Sesiones, pero no lo hago. Quiero dejarlas ahí, como muestra de la cultura parlamentaria del señor senador que las ha pronunciado; quiero dejarlas ahí, para que se vea también cuál es la situación en que nos hemos encontrado los que, inspirándonos en la Constitución, defendemos la soberanía del pueblo en toda su amplitud.

Ahora, entrando al proyecto decía el señor senador: «Estas teorías — las que tuve el honor de exponer — son subversivas de todo el régimen institucional de la Nación, como este proyecto es, manifiesta, clara, evidente, palmariamente inconstitucional; a tal punto que bien podría tolerarse la sanción de la ley que se proyecta, bien seguro que no habría tribunal argentino que pudiera dejar de declarar su inconstitucionalidad.»

Se preguntaba en seguida el señor senador, si la Constitución nacional era espiritualista, materialista o positivista, y decía: «Si es lo primero, está probado que ese proyecto no responde a las solemnes declaraciones de la Constitución que es una ley espiritualista, re-

ligiosa, cristiana, católica, en su texto y en su espíritu.

«Queda, pues, demostrado que este proyecto es manifestamente inconstitucional y no puede concordar con aquella, desde que funda una ley de matrimonio que excluye de sí toda confesión religiosa, y trata de eliminar la influencia cristiana, la influencia de la Iglesia católica en el acto de la celebración del matrimonio y en su legislación civil.»

Para dar más fuerza a este argumento, señor presidente, continuaba el señor senador y nos decía: «Nuestros constituyentes no eran unos viejos decrépitos; eran hombres que sabían lo que tenían entre manos; eran eminentes estadistas.»

Y bien, señor presidente: es cierto, nuestra Constitución es espiritualista; sin embargo, señor presidente, no tiene el carácter de católica apostólica romana. Ella es cristiana, y eminentemente cristiana. Voy a demostrarlo.

La Iglesia católica, señor presidente, ha declarado como dogma, que ella es la única que está en posesión de la verdad divina y de la verdad religiosa, lo que se haga fuera de esas declaraciones, todo lo que está fuera de su dogma, todo lo que está en contra de su doctrina, en contra de su legislación, en contra de sus ritos, ella lo condena y lo anatematiza: no es católico.

Sí, señor presidente; nuestra Constitución, sancionada en la forma en que está, repito, es cristiana, eminentemente cristiana; pero no es católica, apostólica, romana.

La Iglesia católica condena el principio de la soberanía de los pueblos, y nuestra Constitución declara que la soberanía reside en el pueblo, de donde emanan todos los poderes. Luego, señor presidente, esta declaración contraria al dogma católico, hace que la Constitución no sea católica. (*Aplausos*).

La Iglesia católica, señor presidente, condena la libertad de cultos, y nuestra Constitución consagra el principio de esta libertad, admitiendo todos los cultos en igualdad con el culto católico. Luego, nuestra Constitución no es católica sino eminentemente cristiana.

La Iglesia católica condena la libertad de conciencia como una locura insana; la Constitución consagra este principio.

La Iglesia católica condena la libertad de la prensa como una peste, y nuestra Constitución la consagra y la garantiza.

La Iglesia católica condena el principio de la libertad de enseñanza; nuestra Constitución lo consagra, para que todo hombre pueda ense-

ñar y aprender libremente lo que quiera. Luego está en contradicción con el principio y los dogmas católicos y hace que nuestra Constitución no sea católica, apostólica, romana.

La Iglesia católica declara y sostiene que todo debe subordinarse al poder espiritual, y las leyes contrarias a sus intereses no obligan a los católicos, y nuestra Constitución, señor presidente ha declarado que sus mandatos y las leyes que dicta el soberano Congreso son la ley suprema del país. Luego nuestra Constitución no es católica: es cristiana, eminentemente cristiana.

La Iglesia católica condena con anatemas al que diga que los extranjeros que vayan a residir a un país católico tienen el derecho de ejercitar públicamente su religión; y la Constitución garantiza este derecho a todos los hombres del mundo que quieran habitar nuestro territorio. Luego, señor presidente, si nuestra Constitución es cristiana, no es católica, apostólica, romana, porque está fuera de sus dogmas. (*Aplausos*).

Pero, basta, señor presidente, con lo dicho para demostrar que nuestra Constitución es eminentemente cristiana, pero no católica apostólica romana.

Si la Constitución no es católica, apostólica, romana, que es el fundamento que aducía el señor senador por Santa Fe, para demostrar la inconstitucionalidad de la ley de matrimonio, ¿dónde está, entonces, esa inconstitucionalidad? Yo no la veo, señor presidente, y creo que no la verán tampoco los hombres que con interés estudien esta ley, despojándose de la pasión religiosa y política que tanto ofusca la mente de los hombres.

Esta ley, señor presidente, puede ser mala, puede ser quizá muy mala para los espíritus católicos que la combaten; pero ella no es inconstitucional: lejos de eso, es una ley justa, es una ley que ampara todos los derechos, es una ley que se amolda a la índole de nuestras instituciones, de nuestra Constitución que, sancionando la libertad de conciencia, sancionando la libertad de cultos y sancionando todas las libertades que constituyen nuestro sistema democrático de gobierno, deja, señor presidente, al individuo, la libertad de casarse según los ritos de su iglesia, según los dictados de su conciencia.

Esa es la razón, señor presidente, que yo he tenido para no venir a hacer aquí una declaración de fe religiosa; senador argentino, representaba al pueblo y tenía que tomar la Constitución como mi credo, como mi culto; en esto

según, señor presidente, la decisión del santísimo padre Pío IX, de feliz memoria, que en un caso análogo resolvió una cuestión semejante.

Se pretendía reunir el concilio ecuménico en el Vaticano. El gobierno francés, señor presidente, dirigió una nota al Santo Padre, diciéndole que un obispo francés expondría ante el concilio, los derechos de Francia, y sus privilegios, para que fuesen respetados en las decisiones que se adoptasen.

El Santo Padre, señor presidente, contestó también muy políticamente, diciéndole que un obispo católico no podía tener el doble carácter de embajador, de obispo, y padre del concilio, y el obispo devolvió entonces sus credenciales de embajador, para conservar su carácter de religioso.

Esto es lo que he hecho yo, señor presidente, he dejado mis creencias afuera y vengo aquí en el carácter que invisto de senador argentino, a sostener la Constitución, a sostener esta ley como legal y constitucional, como útil, como verdadera hija de la libertad, de esa libertad que ha consagrado la Constitución para la felicidad del pueblo y de los hombres que quieran habitar nuestro territorio. (*Aplausos*).

Es la verdad, señor presidente, en presencia de la declaración de los papas y concilios que consideran fuera del catolicismo a todos los que no piensan como él, es imposible, humanamente imposible que un senador, un representante de la soberanía popular, pueda servir a dos gobiernos, de los cuales uno declara una cosa, buena y justa y el otro la declara inícu y mala. ¿Cómo conciliar, entonces, estos dos deberes?

Lo único, señor presidente, que puede hacerse es tomar el credo político, tomar ese catecismo que se llama Constitución y traerlo aquí para defenderlo como la misma Constitución nos lo indica, con nuestra sangre y con nuestro brazo.

Esta declaración, que he creído necesario hacer, para definir mi actitud en este debate, para que no se me atribuyan intenciones que no tengo, porque yo no he hecho declaraciones de ningún género respecto a mi conciencia y a mis creencias, se formará un nuevo capítulo de acusación ante el pueblo, como ya se ha formulado con mi primer informe, levantando mi nombre a los cuatro vientos para que lo lleven a los confines de la República; presentándolo al país, pidiendo la execración de los fieles. He sido, pues, demandado ante el pueblo. Y acepto, señor presidente, esa demanda; y la acepto, porque al juez no puedo recusarlo: es el soberano, es el pueblo; y el día que esta

ley se ponga a votación, que se haga carne con el voto del Senado, yo, señor presidente, senador argentino, me pondré de pie, para que mi figura se destaque sobre todas las demás, y el pueblo, ese juez soberano, lea en mi frente, iluminada por los resplandores de una conciencia tranquila, que no la agita ninguna duda, que no la nubla ningún remordimiento. (*Aplausos*).

He levantado, señor presidente, el cargo de inconstitucionalidad de la ley, en que se fundaba el señor senador por Santa Fe; él nos decía, la Constitución es católica, apostólica, romana en su texto y en su espíritu. Por las declaraciones que esa Constitución sanciona, está fuera de la Iglesia, y no puede ser eminentemente católica; pero, sí, es eminentemente cristiana en su texto y en su espíritu.

He dicho. (*Aplausos*).

Sr. Ministro del Interior. — Pido la palabra.

Señor presidente: yo no vengo a ayudar al doctor Posse en la defensa del proyecto que ha presentado el Poder Ejecutivo; el doctor Posse no necesita de mi ayuda; el país lo conoce; hace muchísimos años que oye su palabra, que lee sus escritos, que aprende sus lecciones; casi todos los habitantes de la República están acostumbrados a pronunciar su nombre, y a pronunciarlo con respeto, por su erudición y sus excelentes calidades; el discurso que él ha pronunciado ha repercutido en toda la Nación; no se toma un diario sin encontrar un elogio acerca de él; no se oye hablar a una sola persona que no sancione con su opinión la excelencia de ese discurso y la plena demostración en él hecha del punto fundamental que envuelve el proyecto.

Podía, por lo tanto, prescindir de tomar la palabra en este debate, si sólo hubiera de concretar mis ideas, mi propósito, a ayudar a mi distinguido colega de justicia, culto e instrucción pública; pero, mis antecedentes en estas cuestiones, las opiniones que todos me conocen, mi posición en la administración anterior, mi posición en el gobierno presente, no me permiten, señor presidente, presenciar la discusión de un proyecto de esta especie, sin hacer oír también mi palabra, para que sirva en el límite de lo que el pueblo crea conveniente estimarla, haciendo, por mi parte, un acto de conciencia no desertando mis ideas, y suministrando a los señores que me oyen, el resultado de mis estudios y de mis lecturas a este respecto.

Es una situación psicológica la mía, que me obliga forzosamente a tomar parte en este debate: no puedo dejar de hacerlo: me parecería que faltaba a un deber imperioso. Esta situa-

ción que todos comprenden me disculpa completamente.

Señor presidente: se trata en el público y entre los señores de la Cámara de Diputados y de Senadores del modo como debe ser dilucidada esta cuestión: si se debe hablar mucho, si se debe hablar poco; si se debe traer gran acopio de datos, o si se debe limitar cada orador a los puntos más importantes; y cada uno opina de diferente modo.

Señor presidente: cualquiera que sea la opinión que se haya establecido al respecto en los diversos países en que esta cuestión se ha tratado, lo cierto es que todos lo han discutido con una amplitud exagerada, quizá. ¿Por qué? Porque cada país ha querido poner, en la discusión de esta ley, todos los elementos adquiridos respecto al desenvolvimiento de la sociedad; poner así, puede decirse, toda su ciencia en la cuestión. Luego, la diversidad de caracteres de las naciones, la índole diferente de las congregaciones, de las corporaciones que han tratado esta cuestión, trae también diferencias en el modo como ha de ser tratada; y, cada país, puede decirse, al hablar del matrimonio civil, le ha hecho su código aparte, su libro aparte; de tal manera que la cuestión no puede ser examinada, leyendo una sola de estas discusiones. La de Francia, por ejemplo, la de Chile, la de España. La verdadera instrucción sobre el tema, resulta de la lectura de todas.

Así, pues, los señores senadores me van a permitir que, imitando la conducta de los oradores que me han precedido en la palabra, trate también, no con amplitud esta cuestión, pero sí con comodidad.

Necesito decir todo lo que tengo meditado. Algunas veces, quizás, lo que diga parecerá que no va directamente al fondo del asunto, como me ha parecido a mí mismo oyendo las exposiciones que se han hecho en este recinto; pero, los señores senadores se convencerán de que cada uno de los elementos que traiga a la discusión, está íntimamente ligado con el propósito que tengo y concurre al fin que me propongo: a la demostración de la bondad del fondo del proyecto, de la idea fundamental que se discute.

Una de las primeras cosas que hay que tratar a este respecto, señor presidente, es la cuestión de oportunidad.

La ley, ¿es oportuna o no?, se preguntan todos. Y éste ha sido también, según recuerdo y creo, uno de los tópicos tenido en cuenta en esta Cámara.

¿Cómo se demuestra la oportunidad de un proyecto de ley?

En primer lugar, el hecho de presentarlo, es hasta una sospecha de que la oportunidad existe. Uno de estos proyectos no sale del gobierno, no madura, puede decirse, sin que haya cierta preparación en la opinión pública. ¿Por qué? Porque un gobierno sonda la opinión, sonda el estado de la sociedad y no suelta proyectos al aire.

Por más adelantados que sean los gobiernos, tienen siempre un elemento que está en su índole y que los obliga a ser conservadores, y sólo cuando ya se ha hecho carne una idea en el pueblo, cuando ya ha sido propagada por la prensa, cuando nadie duda de la oportunidad, el proyecto hace su aparición sugerido por esas causas. Siempre, no digo respecto a trivialidades sino respecto a cosas fundamentales, la opinión precede a la manifestación en el gobierno; puede decirse que es una germinación dentro de la sangre del mismo cuerpo del pueblo, que después hace su erupción y se muestra en forma de proyecto de ley.

Queda por este lado demostrada la oportunidad. Pregunto por otro: ¿es oportuno un proyecto que se viene anunciando desde tanto tiempo?

Y aquí es llegado el momento de hacer notar algo que me es personal.

Entre la historia referida por el señor ministro del culto y la historia referida por el señor senador por Santa Fe, no hay absolutamente discordancia: las dos historias pueden ser verdaderas, y lo son.

El hecho es que la idea de presentar un proyecto de matrimonio civil ha existido en el gobierno en todas las administraciones anteriores, y el hecho es que el documento a que se ha referido el señor senador, si bien estaba redactado y pronto también el mensaje, no quedó como documento oficial en el Ministerio de Justicia; el doctor Posse no lo conocía sino por referencias. El proyecto presentado a la Cámara obedece exclusivamente a la iniciativa del doctor Posse, que, desde que subió al puesto que ocupa, tuvo la idea de presentarlo al Congreso.

¿Por qué tuvo la idea de presentarlo al Congreso?

Entre otras causas, por ésta: porque conocía que el pueblo lo reclamaba: era indispensable presentarlo.

Yo no creo, señor presidente, que se deba venir a discutir precisamente la oportunidad de este proyecto; creo que es un deber de los

argentinos explicar a todo el mundo porqué no se ha presentado hasta ahora.

Lo que nos tocaría hacer era disculparnos de no tener todavía esta ley y explicar porqué serie de causas no la tenemos todavía, siendo, como somos, un país de inmigración, que en otros puntos y en otras instituciones vamos más adelante que todas las naciones del mundo. Lo repito: «que todas las naciones del mundo».

¿Por qué, en materia de matrimonio civil, una institución tan necesaria para la marcha y desenvolvimiento de nuestra sociedad, nos hemos quedado atrás?

Señor presidente: cuando un orador, en la Cámara, se hace una pregunta, es generalmente para contestarla. Voy a hacer una excepción: no sé por qué nos hemos quedado atrás, y creo que ninguno de los señores senadores lo sabe.

El hecho es que todo el mundo se asombra de que no tengamos el matrimonio civil. No hay extranjero que no diga: Muy adelantado el país, muy adelantado en sus instituciones; se desarrolla de una manera sorprendente; pero, ¿porqué no tiene el matrimonio civil? Sí lo vamos a tener, contestamos!

Cada uno de los representantes de las naciones extranjeras, la primera pregunta que se hacen es ésta: ¿cómo es que no tienen matrimonio civil y cómo se casan los que no tienen párroco y los que no pertenecen a religión alguna o no la confiesan?

No podemos contestar a esto, sino con el hecho: no lo tenemos; se casan como pueden; los católicos se casan ante los párrocos... (*Risas*) y los demás ante el cónsul. El gobierno sabe que estas cosas suceden, y, sin embargo, no toma medidas; porque, para tomarlas, tendría que confesar la inmensa falta, la imperdonable falta, la increíble falta, la inexplicable falta, de no tener el matrimonio civil, cuando solamente entre los negros y en España no lo hay. (*Aplausos*).

La cuestión de oportunidad está, pues, palpitante.

¿Si no podíamos dejar de presentar el proyecto de matrimonio civil!

¿Por qué no ha surgido en las Cámaras? ¿Por qué no ha sido presentado antes? Tampoco puede esto explicarse. Quizá porque se trata de un proyecto largo, que requiere bastante estudio y responsabilidad de parte de los que lo presentan, porque tenemos también el hábito de esperar que el Poder Ejecutivo sea el

iniciador de estas cuestiones. Por eso no se ha presentado, por eso no lo tenemos.

Ahora, ¿cómo disculpar el hecho por lo que hace al gobierno argentino? ¿Es malo que hayamos demorado? De ninguna manera, señor.

El proyecto que vamos a sancionar va a ser tan bueno como los mejores que existen en las naciones más civilizadas. Quizás mejor que cualquiera de ellos, porque tenemos todos los antecedentes, todos los elementos y toda la buena voluntad para estudiar con un criterio sano y desprevenido los datos atinentes al matrimonio civil. Es probable que la ley que sancione el Congreso Argentino sirva de modelo a otras leyes.

Creo que nadie duda ya de que el proyecto es oportuno.

Pero, se ha dicho en esta Cámara, señor presidente, que es un anacronismo; es decir, haciendo la objeción respecto a la oportunidad en otra forma.

Se ha dicho que habría sido un anacronismo en tiempos de Rivadavia, de Urquiza, de Derqui, de Mitre, de Sarmiento, de Avellaneda, y aun en tiempos de Roca, en el primer período de su gobierno.

Me parece que es lo más fácil, lo más elemental, demostrar que precisamente todas las citas que se hacen pueden ser contestadas victoriosamente, y que no ha podido ser un anacronismo ni en tiempos de Rivadavia, ni de Derqui, ni de Mitre, ni de Sarmiento, ni de Avellaneda, ni de Roca, ni de Juárez.

Voy a probarlo, como se prueban estas cosas, recordando los principios de los hombres que han desempeñado el gobierno.

En tiempos de Rivadavia, por lo que hace a su alta personalidad, ¿habría sido un anacronismo presentar el proyecto de matrimonio civil, si el pueblo hubiera estado en condiciones de recibirlo? Quizás el único que podía presentarlo era Rivadavia; ahí están sus hechos. No hay necesidad de enumerarlos, para comprender que era posible que él lo hubiera presentado, si las ideas de su ambiente, si la atmósfera hubiese sido análoga a ésta, o a propósito para que se adoptaran tales instituciones.

¿Por qué fué combatido? Porque iba muy adelante en sus ideas y esta ley es ley de adelante.

En tiempos de Urquiza, ¿habría sido un anacronismo presentar este proyecto, cuando hacían parte de su gobierno el doctor don Salvador María del Carril, el liberal más caracterizado que ha habido; el doctor Gordstaga, liberal conocido, que proyectó la reforma del

artículo de la Constitución presentado, y en que se pretendía imponer una religión al Estado; y el doctor don Juan María Gutiérrez, rector de la Universidad de Buenos Aires, cuyas ideas liberales concen todos los señores que están presentes?

¿Habría sido un anacronismo en tiempos de Derqui? Ahí están los documentos de Derqui, mandando suspender un eclesiástico porque negaba la autoridad del patrono; y podemos sospechar cuáles eran las ideas del doctor Derqui, por las que tiene su hijo aquí presente.

¿Sería esto un anacronismo en tiempos de Mitre? Basta recordar quién fué el ministro de instrucción pública en esa época: don Eduardo Costa, el secularizador de los cementerios. Don Eduardo Costa! Su nombre es un adjetivo: quiere decir liberal; uno de los hombres más progresistas que hay en esta materia.

¿Habría sido un anacronismo en tiempos de Sarmiento? Pero, ¿cómo puede ser esto! Sarmiento recién venía de Estados Unidos, donde había visto practicar el matrimonio civil; de Norte América, de donde ha salido la verdadera independencia de los estados hecha carne, sin grandes discusiones; la primera nación del mundo que ha podido sentar, con el derecho escrito y practicado, la separación de la Iglesia y del Estado. De esas ideas vino imbuído Sarmiento. Y, ¿se puede decir que habría sido un anacronismo que presentara un proyecto sobre matrimonio civil?

¿Habría sido un anacronismo en tiempos de Avellaneda? ¿Quién fué su ministro de justicia, culto e instrucción pública? El doctor Leguizamón. ¡Leguizamón! Sinónimo de diablo para los clericales! (*Risas*). Ahí están sus obras, sus discursos en la cuestión de educación. En fin, el doctor Leguizamón ha hecho escuela. No necesito demostrar que habría estado muy pronto para presentar un proyecto sobre matrimonio civil.

En tiempos del general Roca no habría sido tampoco un anacronismo, ni en su primero ni en su segundo período. En el primer período, porque era ministro un distinguido abogado que con mucha razón mandó cerrar las puertas de la Catedral. (*Risas*). El que mandó cerrar las puertas de la Catedral, bien podía presentar un proyecto de matrimonio civil, copiando el que tiene cualquier nación civilizada de la tierra. (*Aplausos*). En el segundo período era ministro de justicia y culto, yo. Basta! (*Risas*).

Me parece que he resuelto completamente la cuestión de oportunidad, y demostrado cómo, en ningún tiempo, en la República Argentina habría sido anacronismo presentar un proyecto de

ley de este género, de acuerdo con la Constitución, en los últimos tiempos de acuerdo con las ideas del pueblo argentino que, aunque católico y cristiano, es liberal, como lo demuestra en todo.

Véase cómo se encara actualmente esta cuestión. En los círculos sociales, en las familias, es donde es necesario observarla, en la opinión de las personas ajenas a toda idea preconcebida, las que no tienen ningún interés en la materia: es allí donde se estudia la opinión pública. Las declaraciones contra el matrimonio civil son puramente teóricas. Las señoras más opositoras aparentemente a esta ley, hablan de ella riéndose. Yo no he visto síntoma de verdadera aflicción en parte alguna: es un deber que les imponen los párrocos, opinar contra el matrimonio civil, sin alcanzar naturalmente, su trascendencia, porque si la alcanzaran no opinarían así.

De manera que la presente es la mejor ocasión de dar estas leyes y discutir las con tranquilidad, porque no hay presión acerba, no hay presión enconada en ninguna parte.

Si se quisiera investigar hasta la opinión de los niños, se vería que distraídos firmaron una protesta en contra, como la hubieran firmado a favor; la cuestión es quien se la presenta o quien se la pide.

No necesito demostrarlo; esto se ha visto.

¿Ha habido algún conflicto, alguna explosión de odios contra el gobierno, contra cualquiera de nosotros, contra cualquiera de los que apoyan el proyecto? No la hay, no la ha habido absolutamente: todos comprenden que es una ley que tiene que darse para poner a la República Argentina a la altura de los demás pueblos civilizados.

Así, empleando una expresión muy general, puedo decir: es una ley que se cae de su peso; no está ni en el poder del Congreso, ni del Poder Ejecutivo, ni del país, dejar que se produzca este hecho: se producirá forzosamente.

No habrá en ello mérito ninguno tampoco. El único mérito consistirá en las garantías que se den en la ley, en la distribución de sus partes, en los acomodos que se haga de sus artículos, en fin, en la atención que se preste a la índole del pueblo argentino, para que la ley refleje realmente las tendencias de este pueblo. Ese será el mérito.

Pero, cualquiera diría que hemos concluido con la cuestión de oportunidad. Estamos muy lejos de haber concluido. Y voy a decir quizá una paradoja, pero, seguramente, una gran verdad: los que han preparado la ley de matrimonio civil son los clericales. ¿Cómo? Oponiéndose a las disposiciones más sencillas.

En las fronteras, por ejemplo, no se tomaba nota de los que nacían ni de los que morían; era sumamente defectuoso el censo, no había censo. En los territorios nacionales, y en algunas partes de las provincias donde no había párrocos, no se tomaba tampoco nota del movimiento de la población.

Cuando fui yo al Ministerio de Justicia me preocupé de esta situación extraordinaria.

En las mismas ciudades pobladas, aquellos padres que no tenían creencias religiosas no hacían bautizar a sus hijos, y el Estado no tenía constancia de que tales niños hubieran nacido. Como se ve, el día que se hubiera querido hacer un censo, tomando los documentos que poseyera el gobierno, nadie habría podido hacerlo.

Venía de suyo dictar una ley de registro civil, y ya había sido presentado un proyecto por el señor Luis V. Varela en la Cámara de Diputados de la provincia de Buenos Aires.

En tal situación yo procuré que se dictara una ley de registro civil, y se dictó. Con motivo de esta ley apareció la oposición clerical. Uno se preguntaba: ¿cómo es posible que haya quien puede oponerse a esto! Y hubo sin embargo manifestaciones y protestas. La misma bulla que se hace ahora, asegurando que se trataba de dictar una ley contra Dios y contra la Iglesia.

Bien. Estaba por aquellos tiempos el señor Mattera en Buenos Aires. Un hombre muy culto, muy inteligente, pero que cayó aquí en un círculo que lo hizo equivocarse completamente respecto a lo que era este pueblo; y el señor Mattera, con un inteligencia desenvuelta como la que tenía, no hizo otra cosa que cometer errores, gracias a haber sido mal inducido.

Si en lugar de encontrarse con ese círculo, se hubiera encontrado en otro, habría apreciado probablemente cuál era la situación del país y no se habría propuesto hacer lo que no podía hacer.

El señor Mattera quiso influir sobre el modo cómo había de darse la enseñanza en las escuelas normales. Pero, no solo eso; el señor Mattera creyó que era un deber del gobierno argentino atender las observaciones de aquellos que insinuaban que las maestras debían tener tal o cual religión.

En esa época el país estaba inundado de maestras norteamericanas, que venían con dos cosas: con su ciencia por un lado, y con su indiferentismo o protestantismo por otro. El gobierno no tomó más que una parte, la instrucción, que era lo que necesitaba.

Este era un hecho ya, y el señor Mattera pretendía que yo, nada menos, había de ser quien cambiara estas cosas y exigiera a las profesoras normales que fueran católicas.

Al principio no lo entendía, señor presidente, de tal manera me parecía extraordinaria la pretensión; pero, cuando menos lo esperaba, me encontré con una confabulación de obispos y una invasión de protestas en todas partes, a propósito de escuelas normales. ¿Cuál fué el resultado? La suspensión de Clara y las medidas contra del obispo de Salta.

Todo lo que quiso el nuncio hacer no lo ha hecho. Las escuelas normales nunca han estado en mejores condiciones que ahora, más llenas de maestras disidentes, dándose por ellas una excelente educación. Los obispos no chistan, o lo hacen en una forma tan completamente inocente, que sus documentos, para lo único que sirven es para que rían los mismos feligreses. (*Risas*).

Con motivo de la ley de educación, se levantaron también los niños, las escuelas, los clericales y las señoras, hubo manifestaciones de toda especie, sermones como los que se predicaban hoy en las iglesias, con el mismo éxito: completamente nulo.

La ley de educación se dictó y ahí está produciendo sus efectos, sin que haya habido la menor molestia ni la menor extorsión.

Tenemos entonces: 1º «Registro civil», que, si no existiera ahora, lo reclamarían todos de la manera más violenta; 2º «La ley de educación»; 3º «Apaciguamiento de los obispos y una situación completamente tranquila y un proyecto de matrimonio civil.»

Si los obispos se hubieran callado, si los manifestadores se hubieran quedado quietos cuando se trató del registro civil, probablemente se pasa eso, y, con nuestra indolencia natural, un poco heredada de nuestros padres los españoles, habríamos dejado andar el tiempo y no se habrían producido todos estos hechos.

Luego, la ley de matrimonio civil es un producto de la actitud de los clericales. (*Risas*).

Señor presidente: parte de estas victorias me corresponde a mí personalmente.

Aprovecharé esta circunstancia para declarar que ni un sólo momento he dudado de la bondad de los propósitos que tenía al hacer todo esto; que, con la más grande y completa confianza, si me volvieran a poner en las mismas circunstancias, procedería del mismo modo, y que creo que sirvo perfectamente, en ese sentido, los intereses, el progreso y desarrollo de mi país. Ahora, cometería un error si creyera que este es el efecto de mi acción individual.

Señor: cuando en una nación comienzan a hacerse estas manifestaciones, una idea que se encarna o que se propaga por un individuo, no le pertenece en exclusivo; él la ha recogido en el mismo pueblo en donde está.

En ese sentido, todo hombre es un productor, toda idea es una emanación.

Nadie puede atribuirse, por lo tanto, la responsabilidad o el mérito por los hechos, ni decir: «Yo he sido el autor de este proyecto.» «Yo hice sancionar tal ley.» «Tal código puede llevar mi nombre.» «Tal reforma me pertenece a justo título.» Todos estos son errores; las leyes no deben llevar sino los nombres de los pueblos o el de las épocas.

Y digo esto, a propósito de algo que acabamos de oír.

Se ha censurado que se ponga el nombre de Napoleón al Código Napoleón. Me bastaría decir esto a los que extrañan semejante hecho: «Bórrrenlo si pueden! El Código Napoleón se llamará Código Napoleón, toda la vida.» Y no se llamará así con completa injusticia, señor presidente. Yo no soy de los más apologistas de Napoleón: eso debe inferirse del origen de mi sangre.

Pero yo he leído, entre las cosas que se dicen de Napoleón, para elogiarlo, este hecho: que no siendo abogado, no siendo perito en ninguna de las materias que trata el Código Civil, trabajaba, estudiaba, asistía a las reuniones que tenían los abogados para discutir el código y hasta daba opiniones, casi siempre acertadas.

Muy bien, señor. Con las ideas sucede lo que con los cuerpos que descienden. Hacen tanto más efecto cuanto de más alto caen. La velocidad se aumenta con el cuadrado de la distancia, y los efectos producidos no son proporcionales a la masa solamente sino al espacio recorrido.

En virtud de esta ley, una palabra de Napoleón no era una palabra de cualquiera; no era una opinión; era una orden. Y, en ese sentido, el Código de Napoleón se debe a Napoleón; porque la influencia de Napoleón lo hizo. De otra manera hubiera sucedido tal vez con la comisión codificadora lo que sucede con la Convención de Buenos Aires: que no acaba nunca la reforma de la Constitución.

Así, pues, el Código de Napoleón es de Napoleón.

La ley esta que discutimos, se llamará, pues, Juárez-Posse: lo que se quiera. Será una ley de la época; lo más justo sería llamarla la ley de tal período de gobierno.

¿Es impropia de este período de gobierno esta ley de matrimonio civil? De ninguna manera.

¿Qué es el presidente Juárez? Ha sido elevado al gobierno por el Partido Liberal.

¿Cuáles son las opiniones del presidente Juárez en estas materias? Son conocidas: todavía está vibrando su discurso relativo a los seminarios, que hizo el efecto que se sabe. La medida propuesta en las Cámaras y apoyada por ese discurso, se sancionó.

¿Cuáles son los antecedentes del presidente Juárez en la división de los partidos?

De la Córdoba, que era ultramontana, beata, religiosa, no quedan ni vestigios: dentro de poco será necesario ir a buscar en los anales universitarios lo que era la Córdoba antigua. Ahora es un pueblo liberal.

¿Cuándo ha comenzado esta modificación en la provincia de Córdoba? Comenzó con el doctor del Viso, es decir, siendo ministro Juárez, y continuó enérgicamente, victoriosamente hasta transformarse del todo en la gobernación de Juárez.

Señor presidente: cuando el partido liberal de un país levanta un nombre, sostiene un candidato y lo lleva al más alto puesto, ¿quién puede pretender que sea un anacronismo, la producción de hechos de carácter liberal bajo un gobierno presidido por el representante del partido que ha triunfado con esos principios?

¿Cuál es el ministro del presidente actual? El doctor Posse. Ahí se tiene la prueba de que tampoco, por lo que a él hace, puede hablarse de anacronismo.

Señor presidente: yo voy a hacer también, como los señores que me han precedido, historia. Necesito hacerla. No es el deseo de imitar simplemente a los que han hablado antes. Necesito hacerla, porque un discurso, cuando se ha preparado, es un organismo y no está en la facultad del que lo pronuncia, ni descomponerlo, ni renunciar a los complementos que han de ser base y apoyo a futuras deducciones.

Pero no tengan temor los señores senadores de que comience por Adán, al cual mi estimable amigo el erudito senador por Córdoba, doctor Funes, asigna solamente once costillas en uno de los lados y doce en el otro... (*Risas*).

Sr. Funes. — No he dicho eso.

Sr. Ministro del Interior. — Pequeño defecto que no se ha transmitido a la raza, al mismo tiempo que el pecado original; de lo cual debemos congratularnos.

No voy a hablar tampoco del Arca de Noé, aquel buque colosal del tamaño del Leviathan, que encerró toda la fauna del mundo.

Me quedo admirado ante el poder increíble de Noé y de sus hijos que tuvieron la paciencia de ir hasta los confines de la tierra a recoger los

animales de todos los países y de todos los climas, eligiéndolos entre los limpios, machos y hembras, y trayéndolos después, como corderos, o no sé cómo, a un sitio dado para embarcarlos en el día designado, con todos los alimentos necesarios y haciendo ciertos acomodos entre ellos para que no se pelearan. (*Risas*). Me quedo sorprendido ante las disposiciones increíbles que tendría esta Arca para impedir que los zorros comiesen a las gallinas o los gatos a los ratones; me admira la sumisión de los tigres, para vivir en completa paz con los demás animales a los que habrían podido devorar, y, sobre todo, me maravilla el admirable conocimiento de Noé y de sus hijos para poder determinar los sexos de los animales impuros, de los infusorios, de los insectos y de los moluscos. Tendría sí que reprochársele un poco el que hubiera considerado que fueran animales puros, y por tanto elegibles para ser embarcados en el Arca, los microbios del cólera que andan haciendo de las suyas por todas partes. (*Risas*).

No hablaré tampoco de la Biblia, ni diré lo que dicen muchos católicos de ella; que es el libro más inmoral; y que donde no es inmoral es absurdo, y donde no es absurdo es escandaloso. No diré lo que dicen, porque para mi amigo Funes es el libro de los libros, el libro santo. No diré tampoco que no se debe poner en manos de una niña; yo mismo he tenido estremecimientos al ver los horrores de aquel libro; pero eso debe ser respetado, porque muchos lo respetan.

Yo lo que voy a hacer al hablar de la historia, es citar lo que puedo encontrar en todas partes, aquello que tiene comprobación en diversos libros, sobre lo cual no puede haber ya controversia, porque lo demás que acabo de mencionar es la leyenda de la religión católica, como la que tiene toda religión.

Yo, señor presidente, tengo respeto por la razón humana, y respeto por la historia. Creo que el cristianismo ha producido grandes beneficios en la tierra... — veo sonreírse al señor senador del Valle —: tengo respeto por la historia cuando me parece que dice la verdad y cuando cuenta hechos que encuentro razonables.

Como conocedor de alguna parte de la historia, señor presidente, no puedo negar la influencia que ha tenido el cristianismo sobre la civilización; y aprovecho esta oportunidad para declarar, no como creyente, porque no necesito hacerlo, sino como apreciador de los datos históricos, que indudablemente el cristianismo ha sido una reforma social de inmensa transcendencia en el mundo; que su doctrina es pura; que sus principios son grandes; que la caridad que enseña es una de las dotes del hombre que más

lo enaltecen; en fin, que esta religión, en sus principios, ha sido una verdadera conquista para la humanidad.

Todos los escritores de cualquier secta, de cualquier religión que sean, proclaman la excelencia de las doctrinas del cristianismo — esto nadie lo duda, nadie sostiene lo contrario; pero, estos mismos escritores afirman que las consecuencias que los hombres de la Iglesia han sacado del cristianismo puro, han sido causas de atraso para las sociedades humanas.

En efecto: si el cristianismo ha sido una bendición, el ultramontanismo, que es su consecuencia y el catolicismo apostólico romano que se ha formado a su sombra, han sido fatales para el mundo, fatales para la misma Iglesia. Espero, en el curso de este debate, demostrar lo que vengo anunciando, de tal manera que se vea por la imparcialidad de mi exposición y por la frialdad de mi análisis, cómo la verdad sale sin necesidad de hacer esfuerzos.

El cristianismo sabemos que nació independiente del Estado y «distinto» del Estado, según la declaración formal de parte de Jesucristo y sus apóstoles que no querían tener nada con el Estado, ni pretendieron jamás tener en su tiempo el dominio temporal. El deseo de dominio ha sido muy posterior, ha venido poco a poco.

Cuando aumentó el número de creyentes, se hizo del cristianismo una fuerza, y cuando en virtud de existir esta fuerza los gobiernos temporales quisieron aprovecharla y se juntaron con ella, el consorcio de los gobiernos con este elemento daba autoridad a éstos y daba fuerza al cristianismo.

De aquí resultó la tendencia de este poder, que hasta entonces se había considerado simplemente espiritual: la tendencia a convertirse en poder temporal.

¿Puedo yo hacer por esto, una acusación a los hombres que dirigían la Iglesia cristiana de ese tiempo? De ninguna manera.

¡El hecho es completamente natural! Si cualquiera de nosotros hubiera sido director de la Iglesia en ese tiempo, habría procedido exactamente lo mismo.

¿Quién rehusa una fuerza que se le ofrece? No puedo afirmarlo de una manera categórica; pero puedo decir, como una generalidad, que la tendencia al dominio temporal no les vino a los hombres de Iglesia, sino en los tiempos de Constantino.

Constantino buscó el poder de la Iglesia, que entonces se había extendido mucho, y la Iglesia buscó el apoyo del poder temporal.

¿Por qué buscó Constantino y los demás emperadores y monarcas buscaron después el apoyo de la Iglesia católica? Porque adquirían de ella lo que necesitaban: autoridad. ¿Y por qué la Iglesia admitió este consorcio? Porque los reyes, el poder temporal, le daban lo que necesitaba: fuerza. Pero una vez realizado este consorcio de la fuerza con la autoridad moral, ¿qué debía resultar? Lo que ha resultado: que cada uno quería predominar. La Iglesia decía: ¿por qué el poder temporal ha de tener el dominio civil, si yo puedo tomarlo? Y el poder temporal también decía: ¿por qué la Iglesia ha de tener el poder espiritual que es una fuerza, si yo puedo adquirirlo? Y tenemos entonces cuatro siglos de esta lucha — ¡y quién sabe cuántos más! — entre el poder espiritual y el poder temporal, ganando unas veces uno y otras veces otro.

Después de Constantino, y ya cuando la Iglesia católica había tomado grande imperio en el mundo apoyándose en la fuerza, vino la época sombría de la Edad Media.

No voy a entrar a referir todo lo que sucedió en la Edad Media; voy a preguntar simplemente a todos los que me oyen: ¿qué es lo que caracteriza la Edad Media?

Cualquiera, por ignorante que sea, puede contestar qué es lo que caracteriza la Edad Media. Todos contestarán esto sólo: el dominio de la Iglesia; y, sin embargo, al frente de esos siglos está escrito este letrero: oscurantismo, persecución, depresión de la dignidad humana, retroceso de la humanidad hacia una civilización más embrionaria.

Señor presidente: se puede extrañar que yo hable de esto; pero los oradores que me han precedido en la palabra me han dado derecho, tratando la misma cuestión; es por lo tanto natural que yo sostenga también mis ideas.

Se dice que la Iglesia católica — ya se sabe lo que yo entiendo por la Iglesia católica —; los hombres de Iglesia han sido en todas partes el apoyo del elemento liberal, han sido los sostenedores de la libertad, los que han suprimido la esclavitud, los que han dado dignidad a la mujer.

Por lo que hace a la libertad, esta afirmación es completamente falsa. La Iglesia ha hecho lo que ha tenido que hacer al fomentar la libertad en aquellos países donde los gobiernos la fomentaban, y se ha aliado con los tiranos en aquellos países donde le convenía ser aliada de la tiranía. El aliado era fiel o no; nunca fué leal. Se aliaba con un monarca para hacerlo desaparecer, si podía.

Pero pregunto: ¿qué ha hecho en todos los pueblos? ¿Cuál ha sido la acción política de las asociaciones religiosas, del elemento religioso, en frente de las tiranías en América, en frente de las tiranías en todo el mundo? ¿Qué ha hecho, durante la tiranía de Francia en el Paraguay, por librar de ella a ese pueblo? ¿Qué ha hecho aquí mismo, durante la tiranía de Rosas? ¿Qué hace en Venezuela? ¿Qué ha hecho durante la tiranía de Guzmán Blanco? ¿Dónde se la ve levantando la bandera de la libertad para ayudar a los pueblos en la conquista de sus grandes principios?

Lo que ha hecho la Iglesia en su constante lucha con el poder temporal, lo que ha hecho en beneficio de la humanidad — que dicen todos los grandes autores que no ha sido mencionado por los clericales y que yo menciono porque tengo imparcialidad en el debate... sí, señor —; es esto: la libertad humana debe algo a la Iglesia, precisamente como un resultado de su lucha con el poder temporal. ¿Qué es lo que le debe? Le debe haber impedido que se forme un imperio universal, que las grandes potestades de la tierra absorbieran y dominaran la universalidad de las naciones.

¿Y qué es lo que les debe a las monarquías absolutas el mundo?

¿Qué al poder temporal?

En materia de libertad, haber impedido que la Iglesia tomara un predominio universal. De la lucha de estos dos elementos, el poder temporal y el poder espiritual, ha resultado este equilibrio.

Eso es lo providencial, eso es lo que debe haber hecho Dios, esas son las leyes naturales que dominan el mundo social.

De este poder absorbente, tenaz, persistente de todos los siglos y de todas las épocas; y de este otro poder despótico e insolente, que se llama poder temporal, ha resultado la tensión de dos electricidades en medio de las cuales se mantiene la libertad de los pueblos.

Después las guerras religiosas, ¿qué significado han tenido? ¿Para qué han servido? Para matanzas de los hombres y nada más.

¿Cuál fué el objeto de la guerra de las cruzadas?

Si se examina su origen, se encuentra una trivialidad: ir a conquistar el Santo Sepulcro. ¿Para qué? ¿Con qué necesidad?

Véase cuál fué la tramitación de esa guerra.

Los pobres nobles, medio tontos, se armaron de pies a cabeza y llevaron sus vasallos, sus esclavos, la gente de sus tierras, y los hombres de la Iglesia se quedaron con las tierras de los pobres cruzados.

Y después, cuando los cruzados volvieron cargados de gloria, ayudados por los rezos de los hombres de la Iglesia, cuando los sarracenos se apoderaron del Santo Sepulcro y los reyes quisieron reconquistarlo, acudieron a los hombres de la Iglesia y éstos les contestaron: «La Iglesia está pobre; si queréis reconquistar el Santo Sepulcro hacedlo con vuestros recursos.» Laurent lo dice y no falsifica la historia.

Después de aquella época sombría, viene la época del renacimiento, precursora de la reforma. Quizá, entre los señores que me oyen, haya algunos que crean que yo soy partidario de la reforma, y que le atribuyo todas estas ventajas con que la adornan sus panegiristas, llegando algunos hasta afirmar que ha dado libertad al mundo. No, señor. Yo diré tal vez más adelante lo que creo de la reforma, que fué también un producto de la evolución social.

El renacimiento preparaba, pues, la reforma.

El estado deplorable a que habían llegado, sobre todo, las costumbres de los clérigos, las exageraciones de la Iglesia, poder sin contrapeso, porque si bien lo tuvo grande en la alta esfera de la política, no lo tenía en lo pequeño, la disolución de las costumbres y hasta los crímenes cometidos en nombre de la Iglesia había producido efectos desastrosos, y la revolución se imponía.

No tengo bien presente, y puede corregirme algún señor senador si me equivoco. Entiendo que antes de la reforma, ya había habido cismas en la Iglesia católica; creo que se había separado de la Iglesia de Roma un gran número de adeptos; hubo en un tiempo corto, es verdad, dos papas, uno de Occidente y otro de Oriente; pero aquello fué nada, en presencia de la reforma.

La Iglesia estaba en grandes conflictos. La desmoralización había sido sumamente grande, como he dicho; los sacerdotes escandalizaban al mundo. Y ya que de matrimonio hablamos, diré que los sacerdotes reformados se casaban fuera de la Iglesia, civilmente.

La reunión del Concilio de Trento tuvo lugar entonces. El Concilio de Trento fué aquella congregación de hombres, ilustres los más, que tomaron a su cargo la revisión de todo lo que afectaba a la Iglesia, a sus dogmas, a sus principios, a sus disciplinas; pero puede decirse, que el objeto del Concilio de Trento fué la preparación del mundo católico para resistir a la reforma que germinaba en Inglaterra, Alemania, etcétera.

Lástima que este concilio no haya tenido una clara visión del porvenir y no hubiera podido

disponer de una tranquila serenidad sin hallarse bajo la presión de conflictos políticos.

El Concilio de Trento, el más notable de todos los concilios, ha imitado a los otros, en esto de sancionar cosas completamente inútiles y doctrinas que chocan con la inteligencia humana. Las sanciones triviales u opresivas de los otros concilios habían preparado también en parte la reforma que estallaba. El Concilio de Trento se reunió bajo los auspicios del poder temporal. Duró, señor presidente, dieciocho años e interrumpió dos veces sus sesiones, una de ellas a causa de una epidemia. Tuvo todos los caracteres de las grandes asambleas, todos sus movimientos eran exactamente iguales a los de los cuerpos turbulentos: parecía en sus sesiones una reunión de convencionales exaltados.

Ocurrieron en aquel concilio todos los incidentes que ocurren en las asambleas en tiempo de revolución. Este concilio concluyó por deshacerse, por desbandarse, y aunque no entre precisamente en el método de mi discurso, tratar aquí este punto, hablaré de una de las causas por las cuales se ha resistido tanto tiempo en muchas naciones, la adopción de las disposiciones del Concilio de Trento, respecto al matrimonio.

Fué por el carácter que tuvieron las últimas sesiones de aquel concilio, celebradas con todos los apremios y todos los apuros de última hora; exactamente como sucede hoy en nuestras sesiones de prórroga, deseando irse cada uno de los prelados, y hasta se dice que, no había número suficiente para sancionar los gravísimos puntos tratados en sus últimas sesiones. Que hubo luchas violentas es evidente. Tras de una de ellas, al salir, dos prelados del concilio se fueron a las manos y en la sesión siguiente hubo reclamos, protestas y discusiones acaloradas.

Con motivo de la proposición de eximir a los sacerdotes de toda carga pública para el sostén del Estado y de darles privilegios y preeminencias en todas las naciones católicas, pues la legislación del concilio era para el mundo cristiano, hubo también de desbandarse el concilio.

Creo que el cardenal de Lorena, que era el representante de Francia en el concilio, declaró «que los delegados de Francia no podían presentarse a tomar parte en el debate, sin saber la opinión de su gobierno.»

Se demoró esto, mientras se consultó la opinión de Francia, y los delegados de esta Nación recibieron orden de retirarse si se insistía en el propósito. Bajo esta amenaza, los del concilio transigieron y solamente se tomó una resolución, mandando que se tuviera ciertos miramientos con los eclesiásticos.

Con motivo del matrimonio clandestino, ocurrió una cosa análoga. Uno de los grandes dignatarios, que hacía parte del concilio, dijo: «que conocía la opinión de la mayoría y que esa opinión no le permitía presentarse en la sesión en que tal punto se tratara, porque él era completamente opuesto a la opinión dominante».

Como se trataba de una entidad, esta oposición no era de desdeñarse, y también respecto al matrimonio clandestino hicieron un acomodo en el concilio, exactamente como nosotros hacemos nuestros arreglos en antesalas, para que las cosas pasen de un modo dado. Lo que declaró respecto del matrimonio clandestino, fué lo siguiente: «que quedaran subsistentes los ya hechos, pero que, en adelante, no se admitiría la validez de otros.»

De este modo se adoptaron las disposiciones del Concilio de Trento. Cuanto acabo de decir es auténtico, es exacto. Lo he visto en un libro que no puede ser rechazado ni criticado por los clericales: en la *Historia de la Iglesia*, escrita por el barón Herion; obra cuyo espíritu es enteramente clerical.

Y bien, señor: esas leyes tienen trescientos y tantos años de existencia y han sido sancionadas del modo que dejo expuesto, con todos los caracteres de la sanción de las leyes entre nosotros. Más todavía, con menos ilustración, y tratando sobre asuntos que están menos al alcance de la inteligencia humana.

¿Y se pretende que estas son leyes de Dios?

Y es en nombre de esas leyes, que la autoridad eclesiástica quiere gobernar el mundo entero, imponerse a todas las naciones con una legislación no solamente vieja, sino completamente inútil e inaplicable a las sociedades cultas de la actualidad! Leyes sancionadas por mayorías accidentales, por votaciones que podían ganarse o perderse, según la asistencia de un número mayor o menor de delegados, según un gesto de Carlos V, o una manifestación de mal humor de Francisco I o de los monarcas de aquel tiempo!

En una palabra, se pretende gobernar eternamente el mundo con esas leyes que se inspiraban en el buen o mal humor de los reyes poderosos, o en el capricho de un magnate, y que podían sancionarse o no, como sucedió en el caso del matrimonio clandestino y como sucedió en el de las excepciones que se trató de hacer en favor de los sacerdotes para librarlos de las cargas del Estado!

Esto es evidente: si en el caso que he citado hubiera el concilio pretendido sostener sus opiniones, se deshace, se disuelve, porque los de-

legados franceses y los que los seguían, lo abandonan y entonces no habría habido tales leyes de Dios!

Por otra parte, las disposiciones del Concilio de Trento, ¿cuándo fueron leyes para las naciones? No lo fueron desde que el concilio las dictó, ni porque él las hubiera sancionado: solamente fueron leyes, cuando adquirieron el carácter civil, cuando las aceptaron los gobiernos, cuando las proclamaron los monarcas, cuando fueron introducidas, en fin, por el ministerio del poder temporal en las naciones; en una palabra, cuando fueron leyes civiles! Y si el poder civil las ha aceptado, el poder civil es también el que puede abandonarlas. Si el poder civil ha aceptado el matrimonio religioso como lo instituyó el Concilio de Trento, es el mismo poder civil, con la misma soberanía que tuvo entonces para aceptarlo, el que puede derogarlo ahora, modificarlo o sustituirlo, usando del derecho inalienable que tiene emanado de su propia soberanía. (*Aplausos*).

Las disposiciones del Concilio de Trento aceptadas por los monarcas, no fueron tampoco aceptadas así en general. Es evidente que ellos no aceptaron las teorías del concilio, aceptaron solamente las disposiciones que tenían aplicación directa al desenvolvimiento social de la época.

Por lo que hace al matrimonio, señor presidente, se sancionaron en el Concilio de Trento cosas muy originales.

En ese Concilio se ha sancionado la ley vigente, caída en parte en desuso para la Iglesia y restablecida en su vigor por nuestro Código Civil, que no hizo sino mandar que se tuviera por parte de su texto, salvo excepciones y exclusiones que resultan de los numerosos artículos contradictorios.

Los cánones relativos al matrimonio han salido del Concilio de Trento acompañados de estas curiosas declaraciones:

1ª «El estado de virginidad es el estado perfecto». ¡Anatema a quien no lo crea!

2ª «El celibato es un estado menos perfecto que el anterior». ¡Anatema a quien no lo crea!

3ª «El matrimonio de ningún modo es un estado perfecto». ¡Anatema a quien no lo crea!

Y con semejantes proposiciones, si fueran a seguirse las teorías del Concilio de Trento, digo yo: ¿Qué sería de la humanidad? Si el estado perfecto es la virginidad, el menos imperfecto el celibato, y el de ninguna manera perfecto el matrimonio, la humanidad está condenada a vivir en la imperfección, y las relaciones naturales, aquellas que responden de la formación de los pueblos, están completamente con-

denadas. Es verdad que el Concilio de Trento, aparte de estas declaraciones que son puramente teóricas, sancionó en seguida el modo como había de hacerse esta cosa imperfecta que se llama matrimonio y que es tan necesaria, tan indispensable para el aumento regular de la familia humana.

El Concilio de Trento, que declaraba que el estado de virginidad era el estado más perfecto, iba en contra de los apóstoles, que, como se sabe, eran casados y tenían con el nombre de hermanas, mujeres que los acompañaban y los seguían por todas partes, excepto San Pablo, quien declaró que no quería llevar mujeres para evitar que lo perturbaran en sus meditaciones. (*Risas*).

Con estos antecedentes me pregunto yo: ¿qué es lo que ha buscado la Iglesia desde que se apoyó en el poder temporal? Lo que ha buscado es dominar, dominar al mundo por medio del poder temporal.

Su poder espiritual no reconoce fronteras.

Cuando el señor senador describía los caracteres del pueblo judío, todos los que le oíamos pensábamos: está refiriéndose al poder del Papa.

Los caracteres eran comunes: todo lo que ha dicho el señor senador respecto a los judíos era aplicable al poder espiritual del papado, a esta seminación que constituye la Iglesia.

¡Pero no es un poder puramente espiritual, tranquilo, inocente, inofensivo!

Es bajo la dirección de sus actuales jefes, un partido beligerante, agresivo, tenaz, persistente, que amenaza a todas las naciones en la forma más perjudicial para ellas, porque ataca sus instituciones, para conseguir sus propósitos.

Durante los siglos que han pasado, este poder espiritual ha recurrido a todo, a hechos horrendos, a matanzas, a excomuniones, a la deposición de monarcas, a desligar a los súbditos de su juramento de fidelidad a la autoridad y a la patria, a encender la guerra civil en todas partes sin la menor preocupación. Ha recurrido a la Inquisición, cuya defensa se hace, para vergüenza de la humanidad, por los ultramontanos, sin excluir al mismo Papa Pío IX.

Y, ¿qué fué la Inquisición? Todo el mundo lo sabe; pero, es necesario buscarle una fórmula. Era una corporación destinada a ayudar a la Iglesia en sus fines particulares de conquista y dominio y a los poderes absolutos en su opresión y sus iniquidades.

¿Y cuál era la base de este llamado Santo Oficio?

Las pasiones más degradadas de la especie humana: la delación y la traición. ¿Los fines? La opresión y la ambición de mando. ¿Los me-

dios? ¡La crueldad, la tortura! ¡Y esto se defiende! ¡Todavía tiene defensores la Inquisición! (*Aplausos*).

Un poder que ha recurrido a estos medios de dominio es indisculpable; por eso he dicho que a los propagadores de la doctrina cristiana, a los fundadores de esta disciplina de la Iglesia es a quienes se debe las grandes lecciones que nacen de los horrores sufridos por la humanidad.

Es verdad también que hacía la Iglesia sus excepciones, que no deponía monarcas siempre; no los deponía cuando no podía (*Risas*); deponía monarcas chicos; pero con los grandes transigía, como transigió respecto al matrimonio civil y al divorcio con Napoleón.

En vez de predicar el evangelio en todas partes, cuando le convenía predicaba la guerra civil. Ahí están todos los documentos. Su protección a los gobiernos era de esta manera.

Decía a los católicos de todos los países:

«¡Respetad el poder constituido, respetad sus leyes!» Pero, añadía, «excepto cuando esas leyes se opongan a las leyes de Dios y de la Iglesia.» Y, ¿a quién correspondía sancionar cuando eran contrarias a las leyes de Dios y de la Iglesia? Naturalmente, al poder espiritual.

De modo que, por esa concesión aparente, venían, en realidad, a quitar derechos a todos los pueblos, en teoría a lo menos.

En vez de predicar el evangelio, predicaba el perjurio y la desobediencia, exactamente como están haciendo ahora. Es verdad que ahora no producen ningún efecto; los feligreses que los oyen se quedan como si nada hubieran oído. Pero, otro era el efecto en aquellos tiempos, en que una prédica producía un levantamiento, ponía las armas en la mano a los ciudadanos y amenazaba la vida de los gobernantes y el poder de los gobiernos.

Ahora podemos dejar declamar al padre Jordán y a fray Marcolino Benavente. Decimos acerca de sus sermones: están más o menos bien, no importa nada. Ahí están predicando ayer, anoche, todo, los días, en contra de la soberanía del pueblo argentino, en contra del Congreso, como ha dicho el señor senador, señalando a la execración de todo el mundo las personas de los senadores y de los ministros.

Ante esta tropelía, señor presidente, ¿qué hacemos nosotros? Tomamos una medida de gran política: no hacemos absolutamente caso. (*Aplausos*).

So pretexto de la libertad de petición, se introduce al Congreso documentos que podrían introducirse como simples solicitudes de particulares, en papel sellado, pidiendo algo; pero, no con este carácter oficial, como de una autoridad dirigiéndose a otra autoridad, usurpando

derechos y prerrogativas que sólo tiene la Corte Suprema de Justicia y el presidente de la República, pues, ni siquiera los ministros del Ejecutivo pueden dirigirse al Congreso.

Pero, pase como ejercicio del derecho de petición, ese documento completamente inútil, ridículo, y tan mal redactado que a mí, como argentino, me lastima, porque me gustaría que el arzobispo de Buenos Aires tuviera asesores que le dictaran documentos bien hechos... Si se puede decir muy bien eso que quiere el arzobispo, quien tiene amigos que pueden redactarle pastorales perfectamente legibles. Yo mismo le redactaría, si acaso me lo pidiera, en el sentido de sus ideas! (*Aplausos y risas*).

Esto que digo, señor presidente, no es una crítica trivial, es una crítica formal que hago.

El arzobispo de Buenos Aires no puede salir diciendo que la soberanía se ha declarado súbita de Dios. El arzobispo sabe que el gobierno argentino no tiene más medios de declaración que sus leyes y sus convenciones cuando hace constituciones.

Y yo pregunto al señor arzobispo, ¿en qué época convención alguna ha declarado que la Nación sea súbita de Dios, ni qué Congreso ha tratado semejante asunto?

Pero, parece que el señor arzobispo cree que redactar documentos es poner las palabras una tras otra, con lo cual basta. Ya otra vez escribió una carta al presidente, carta que le fué devuelta por los términos inconvenientes en que estaba concebida. Y lo peor, señor presidente, es esto: que el arzobispo no cae en cuenta de lo que hace: no lo hace por maldad ni con mal espíritu; le parece natural, lo hace así no más. (*Risas*).

Estas afirmaciones que he hecho no son antojadizas. Ellos mismos, los hombres de la Iglesia, han escrito su historia, y cualquiera de los señores senadores que recorra las Encíclicas, encontrará no sólo comprobado el hecho, sino las teorías, y no sólo comprobadas las teorías sino disculpadas, explicadas las doctrinas con una convicción clara y hasta vanagloriándose, los que producen esos documentos, de las ideas que los inspiran.

Si se quiere pruebas, señor presidente, puedo darlas.

Sr. del Valle. — Podríamos levantar la sesión.

Sr. Presidente. — Si está fatigado el señor ministro, podríamos levantar la sesión y continuar la discusión en la próxima.

Sr. Ministro del Interior. — No tengo inconveniente. (*Aplausos y bravos en la barra*).

Sr. Presidente. — Queda levantada la sesión.